

*Mile Palma*

*Un lugar  
para  
escondernos*

**Un lugar para escondernos**

Título: Un lugar para escondernos

Autor: Mile Palma

Primera edición: Junio, 2018

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Capítulo I

Me enamoré de George, cuando estudiábamos en la secundaria y apenas éramos unos adolescentes. A diario, podía sentir su mirada cada vez que me bajaba del coche de mis padres, cuando ellos me llevaban al colegio y yo volteaba a sonreírle. Para nosotros, ése era nuestro ritual y a medida que pasaba el tiempo, nos uníamos en un mismo sentimiento.

Han pasado más de diez años amando a la misma persona y lo que es mejor, él también me ama de la misma manera. Con esa satisfacción, te das cuenta de que la vida solo tiene sentido gracias al amor. Todos los días, despierto con esa reflexión y solo pienso en pasar el resto de mi vida, con mi primer y único amor, George.

Una mañana, desperté sobresaltada por el ruido de la alarma. Acostumbrada a vivir sola, debía poner siempre el despertador porque mi sueño pesado no dejaba que mi reloj biológico, se adaptara a la hora de levantarme. Apenas tomé mi móvil para apagar el reloj, vi la notificación del calendario que me informaba que George, estaba de cumpleaños ¡Dios mío! ¿Cómo lo iba a olvidar? Grité y subí las manos sobre mi cabeza despistada, reclamándome a mí misma por mi falta de memoria.

Por primera vez, no había planificado una sorpresa para mí amado George y estaba segura de que eso se iba a ser motivo para comenzar mal el día. Me senté en la cama e inmediatamente le marqué a Enna para que me ayudara a salir airoso de mi descuido.

—¡Amiga, ayúdame! Hoy, es el cumpleaños de George y no tengo ninguna sorpresa para él ¿Qué hago? Había olvidado por completo que hoy, él debe ser lo

más importante — Le pedí desesperadamente a Enna, apenas me contestó la llamada.

—¿Pero por qué estás tan preocupada, Natalia? Si todo el año te la pasas dándole sorpresas, por una vez que se te olvide que George es el centro de tu mundo, creo que no va a ocurrir nada malo — Me respondió Enna al oír mi voz de desesperación.

Ella, no podía comprender lo que significaba George, en mi vida; sus respuestas, eran con un tono irónico cuando se trataba de algo que tuviera que ver con él. Solo yo sabía que mi vida, dependía de su amor por mí y aunque recibía muchas críticas, me sentía muy feliz al complacerlo.

—Enna, si te llamé, fue para que me ayudaras, no para que me hicieras reproches ¿Me vas a ayudar con eso? — Le respondí, esperando que pudiera ayudar con sus consejos.

—Discúlpame, amiga; podemos organizarle una fiesta en su casa. Él seguramente va a pensar que lo llevarás a esos restaurantes costosísimos que tanto le gustan y tienes acostumbrado, no se va a imaginar nunca ese cambio tan radical. Compramos un pastel y nos vamos todos a su casa, sorpresivamente ¿Qué te parece? — Me dijo y su propuesta me gustó y no tuve reparos para ponerla en práctica.

Después de organizar todos los detalles con Enna, me levanté de la cama y me preparé para hacer de ese día, uno de los más maravillosos. Salí a la calle y veía todo de color rosa, me sentía más enamorada que nunca. Mi sonrisa, se había convertido en mi mejor maquillaje y todos los que me miraban, podían notar que la felicidad que emanaba no era por otra cosa que no fuera el amor.

Fui por el mejor pastel, de chocolate y crema de cacahuete, la mejor combinación de sabores para George y para mí. Éramos una pareja tan perfecta, que coincidíamos en todo y aunque él, no me demostraba su amor de la misma

manera, sabía que su corazón era solo mío, por eso sentía tanto amor por él.

—Señorita ¿Desea colocarle alguna dedicatoria al pastel? — Me preguntó el joven de la pastelería con mucho respeto.

—¡Sí, por favor! Escríbale: *eres mi mundo* — Le respondí inmediatamente.

—Muy bonita frase. Se le nota que está muy enamorada — Me dijo el joven de una manera muy agradable.

—Ya son diez años con él y aun estoy perdidamente enamorada, como si fueran los primeros días de noviazgo — Le dije, al mismo tiempo que le sonreía y levantaba el pesado pastel.

Salí de la pastelería con una sonrisa en mi boca y ya cuando estaba en mi coche, frente a la casa de mí amado George, sentí como si fuera la primera vez, mis piernas comenzaron a temblar. Siempre me sucedía lo mismo, los nervios al saber que lo iba a ver siempre estaban presente y eso me daba la certeza de que la llama del amor seguía viva en mí, después de tanto tiempo. Inmediatamente de arreglarme el cabello con las manos y corregirme un poco el maquillaje, miré por el retrovisor y me di cuenta de que Enna estaba llegando con Javier, su novio y me bajé del coche para saludarlos.

—¿No han llegado los demás? — Me preguntó Javier, después de abrazarnos con mucho afecto.

—No, pero en unos minutos voy a entrar, así como nos habíamos organizado. Después de media hora, ustedes se pueden acercar y entonces, podemos comenzar con la celebración — Les respondí, muy emocionada con hacer las cosas tan diferentes a las acostumbradas con George.

—¡Eso! ¡Tú lo que quieres es hacer cositas con George! — Comenzó a burlarse Enna, pero no lo vi mal como otras veces, solo me pareció un comentario gracioso.

—Quisiera, amiga, pero aparte de eso, quiero un momento de intimidad para decirle lo mucho que lo amo. Voy a entrar, los espero en treinta minutos — Les dije y rápidamente me fui al coche a sacar el pastel.

Todo el grupo estaba llegando y les sonreí al verlos llegar. Mientras tocaba la puerta de la casa de mí amado George, mi corazón latía por la emoción de ver su reacción ante la sorpresa que le había preparado. Al ver que no me abría la puerta, miré hacia el garaje y su coche estaba estacionado. Insistí varias veces, hasta que él, el hombre más importante en mi vida dejó que viera su imagen frente a mí.

—¡Feliz cumpleaños, mi vida! — Le dije, mientras levantaba el pastel.

—¿Qué haces aquí, Natalia? — Me preguntó con una actitud defensiva, al mismo tiempo que se arreglaba la camisa.

—¿Qué pregunta es ésa, mi vida? Yo siempre vengo y sobre todo hoy que es tu cumpleaños ¿Es tu mejor manera de recibir tu sorpresa? — Le pregunté un poco incómoda al ver su reacción.

George comenzó a sudar; yo no podía comprender por qué estaba tan nervioso. Cuando lo quise abrazar, él se apartó y justo en ese momento, una joven se acercó a la puerta. Ella, estaba envuelta en una de las sábanas que yo le había regalado a George.

—¿Quién es, George? — Le preguntó la mujer, al mismo tiempo que lo abrazaba.

Mis ojos se posaron sobre ella y luego, me quedé mirando a George y al ver que se colocaba las manos sobre su cabeza, me di cuenta de que algo estaba ocurriendo. No es que fuera tonta, pero me costaba creer que mi mundo se estaba derrumbado, justo frente a mí.

—¿Qué significa esto, mi vida? — Le dije sin poder contener las lágrimas.

—¿Mi vida? ¿Qué está ocurriendo, George? — Le reclamó la joven de una manera muy arrogante.

Los minutos corrían y todo el grupo de amigos que estaban en la avenida, esperando para darle la sorpresa a George, se acercaron al ver que habían pasado esos treinta minutos de los que habíamos conversado. Todos se quedaron asombrados, mirando la vergonzante escena y una vez que estaban cerca de mí, me armé de valor y valentía y lo enfrenté delante de todos ellos.

—Cuéntanos, estoy segura de que todos nosotros, al igual que ella, queremos saber ¿Qué está ocurriendo? Porque realmente, no comprendo — Le dije a George, mientras secaba mis lágrimas con las manos.

Enseguida, Laura, que formaba parte del mismo grupo de amigos, se acercó y me quitó el pastel, como previniendo que se lo lanzara en la cara a George.

—¿Quiénes son todos ustedes? — Preguntó la mujer envuelta en la sábana, mientras se escudaba con la espalda de George.

Todos estaban muy confundidos y murmuraban entre ellos, pero yo, estaba en shock y tan solo esperaba una palabra de George que me confirmara lo que ya por mi propia vista estaba observando. George, permanecía inmóvil, tan quieto como las aguas de una laguna; mi paciencia, ya había llegado al límite y realmente necesitaba una explicación.

—Ya que este hombre ¡Si es que se puede llamar hombre! No quiere hablar, entonces, responde tú — Grité, señalando a la mujer y en seguida, George volteó a mirarla, como si con su mirada, pretendiese persuadirla para que no contara su verdad, pero ella también estaba poseída por la indignación y al igual que yo, se le notaba lo sorprendida que estaba.

—Yo soy la prometida de George, ahora puedes decirme ¿Quién eres tú y qué está sucediendo aquí? — Dijo la joven, al mismo tiempo que levantaba su mano para mostrarme el anillo con la enorme piedra que lucía en su dedo.

—¿La prometida? — Le pregunté a ella, mientras escuchaba a mis amigos gritar a mí espalda con la misma pregunta —Si ella es tu prometida, entonces ¿Quién soy yo? — Respondí mirando a George y él lo único que hacía era mirar hacia el suelo.

No tuve respuesta de George, pero con lo poco o más bien mucho de lo que me había enterado, me di cuenta de que ya no tenía nada que hacer en ese lugar, aunque sabía que merecía una explicación de su parte. Salí corriendo hasta mi coche y como si mi cabeza estuviera metida dentro de una gran caja de cartón, podía escuchar a lo lejos, como me gritaban mis amigos para que me detuviera, sobre todo Enna, mi mejor amiga. Pero yo no escuchaba más que a mi propia consciencia y ella, lo único que me pedía era que saliera huyendo de ese lugar. Sin mirar atrás, me subí en mi coche y mientras mi mente me recordaba la imagen de infidelidad de George, no podía dejar de llorar. Tenía un gran vacío, un profundo agujero en mi alma al pensar, que después de tantos años, esperando una propuesta de matrimonio de George y él ya se lo había pedido a otra, en ese momento, todo su desapego conmigo tenía sentido.

Más que un objeto, me sentía tan usada por él y no comprendía desde qué momento había dejado de amarme o si en realidad, alguna vez llegó a hacerlo. Después que me llené de dudas, tantas preguntas llegaban a mi mente ¿Todo era un interés? ¿El amor nunca existió de George hacia mí? Y el panorama cambiaba al darme cuenta de que Enna tenía razón. Ella siempre me dijo que George estaba a mi lado porque yo lo compraba con todas mis atenciones y en ese momento, me di cuenta de que eso era verdad.

El anillo de compromiso que esperé por años nunca llegó y el hombre que yo amaba ciegamente, se iba a casar con otra mujer ¿En qué momento me lo iba a decir? Me preguntaba una y otra vez y no conseguía ninguna respuesta. Continué conduciendo sin un rumbo fijo, solo quería que el mismo camino me detuviera en algún lugar. No podía soportar el sonido del móvil, repicar y repicar, me

desesperaba ver que todos querían saber de mí y yo sin querer saber de nadie. Sin abandonar el volante, saqué de mi bolsa el móvil y lo eché por la ventana. George, era mi mundo y sin él, ya no tenía nada, ni ilusiones. Ni las lágrimas que salían de mí, me pertenecían porque todo era de él, pero ya no lo quería.

Detuve el coche en medio del puente que comunicaba a la ciudad con el resto del país y estaba con la vista nublada. Me bajé y comencé a caminar por toda la autopista, como si el viento me llevara de su mano y estando en la orilla del puente, mi mente quedó en blanco, mi corazón dejó de latir rápidamente y casi ni lo sentía. Creí en ese instante, que mi vida se iba desboronando como un castillo de arena y apenas pude, me subí en la viga y de pronto, todo se me nubló. Hubo una pausa en ese instante y luego, comencé a escuchar voces, pero algo confusas, distorsionadas ¡Debo estar muerta! Pensaba en todo momento porque no podía abrir mis ojos, como si mi cuerpo ya no me perteneciera.

—¡Que no muera, por favor, sálvenla! — Escuché a un hombre gritar.

Abrí mis ojos y me vi conectada a una bombona de oxígeno y a mi lado, los paramédicos que no dejaban de hablarme. Fue entonces cuando me di cuenta de que no había muerto, porque me encontraba tendida en la camilla de una ambulancia de urgencia vial.

—¿Cómo se siente? ¿Sabe cuál es su nombre? ¿Recuerda qué le ocurrió? — Preguntó uno de ellos, mientras me colocaba una luz en mis ojos y presionaban mis brazos buscando alguna lesión en mi cuerpo.

Estaba desorientada, aturdida por las luces y las voces que alumbraban y sonaban al mismo tiempo. No estaba segura donde estaba porque había un constante movimiento. Trataba de responder a sus preguntas y me desesperaba un poco al ver que no me salían las palabras. Ellos continuaban hablando y yo, miraba hacia los lados y trataba de levantarme, pero todo era inútil, estaba atada a la camilla.

Llegamos a urgencias de algún hospital y ahí estaba esperando un hombre, el cual se acercó apenas me bajaron de la ambulancia y apenas lo pude ver cuando ya estaba en la camilla.

—¿Cómo te sientes? — Me preguntó, pero no podía identificar de quien se trataba, en mi vida lo había visto, para mí, ese hombre se estaba confundiendo, pero no era él lo que me preocupaba, solo lo que me estaba ocurriendo.

Los paramédicos, me ingresaban rápidamente por la puerta y ése hombre, nos seguía, como si en realidad le importara lo que me había ocurrido. Comencé a preocuparme, necesitaba gritar que yo estaba bien, pero no podía ¡Natalia, ése es mi nombre! Gritaba en mi mente, pero no podía recordar nada más que no fueran esas ganas de morir y que a cada segundo llegaban a mí.

Después de una serie de análisis, la enfermera se acercó a mí y con una voz muy dulce, me dio el diagnóstico de mi padecimiento.

—Señorita, Natalia. Usted se encuentra bien, solo necesitamos que colabore con nosotros, no podemos ayudarla en su depresión, sin que usted se quiera recuperar — Me dijo con una voz muy dulce, como para que en realidad comprendiera lo que me estaba ocurriendo.

¿Depresión? Pero si debo tener algo más que eso como para que no me saliera la voz, pensé dentro de mi confusión y aunque el dolor se había ido de mi corazón, no recordaba nada de lo me había ocurrido, solo mi deseo por quitarme la vida se congeló en el tiempo.

—Voy a darle un sedante, necesitamos que se mantenga serena y trate de olvidar todo lo malo que la llevó a atentar contra su vida — Continuó comentándome la amable enfermera mientras me suministraba el medicamento — Afuera está el hombre que le salvó la vida y voy a hacerlo pasar, quiere constatar por él mismo, que usted está fuera de peligro — Me dijo, al mismo tiempo que pasaba su mano por mi rostro.

—Hola, ya me dijeron que vas a mejorar. Tienes un lindo nombre, Natalia — Me dijo con una sonrisa en mi rostro.

Me quedé mirando a ese hombre, tan guapo y me preguntaba ¿Qué habría hecho para salvar mi vida? Y no podía recordar en qué momento se había aparecido en aquel puente donde estaba a punto de darle libertad a mi alma ¿Cuál será su nombre? Me interesaba saberlo y moría de ganas por preguntarle ¿Por qué me frustró mis ganas de no seguir viviendo?

—¡Eduardo, ése es mi nombre! Supongo que te lo debes estar preguntando — Me dijo al ver que me estaba poniendo un poco inquieta por no poder hablar — No te inquietes, no puede hablar porque sufriste un fuerte shock emocional, pero eso va a pasar y pronto tu vida va a ser normal — Me acarició el cabello y después de una sonrisa, me quedé profundamente dormida.

No supe nada más de mí por algún tiempo. Cuando desperté, me sentí un fuerte dolor de cabeza y pedí agua. Sí, lo pedí y nuevamente, mi voz estaba ahí para hacerme notar.

—¡A...gua, por favor! — Le pedí a la enfermera que estaba arreglando la sonda que tenía colocada.

—Natalia, bienvenida a la vida. Ya voy a llamar al doctor — Me dijo, como si hubiera pasado una eternidad.

Me sentí en ese momento como si fuera alguna de esas momias que resucitan de su sarcófago, al menos como lo veíamos en las películas. Traté de sentarme sobre la cama, pero me dolía un poco el cuerpo y justo en el momento en el que intentaba ponerme de pie, entró la enfermera junto con un doctor.

—¡Natalia! ¿Cómo te sientes? — Preguntó el doctor, al mismo tiempo que examinaba mis ojos y mi semblante.

—Bien, doctor ¿Desde cuándo estoy acostada? — Le pregunté al sentir que me

dolía todo el cuerpo, como si alguien me hubiera dado alguna paliza.

El doctor no respondía, solo me escuchaba mientras que no dejaba de revisarme. La enfermera ni me miraba, continuaba colocándome algunos medicamentos a través de la vía que tenía en mi brazo. Después de mirar mi historia médica, los dos me ayudaron a poner de pie. Apenas pude dar algunos pasos, sentí que me iba a caer, pero me sostuvieron y nuevamente, me llevaron de regreso a la cama.

## Capítulo II

Me quedé mirándolos y ellos a mí, parecía que estuviéramos en una escena de cine mudo porque ninguno emitía alguna palabra, hasta que el doctor, se decidió por romper el silencio.

—Estaba evaluando tu estado de salud, Natalia. Físicamente estás bien, lista para regresar a tu casa después de casi dos meses aquí en el hospital. Te dimos una cura de sueño, con eso pretendíamos que te desligaras un poco de esa idea que quitarte la vida — Me dijo y al escuchar que había pasado tanto tiempo, me quedé sorprendida.

—¡Tanto tiempo ha pasado! ¿Mi familia debe estar preocupada? — Le dije con asombro.

—Así es, pero no te preocupes, tu familia y tus amigos, han estado viniendo constantemente, sobre todo Eduardo — Me dijo el doctor y con sus palabras, me quedé bastante confundida.

¿Por qué al despertar, me encontraba tan sola en la habitación, si mi familia y amigos habían venido constantemente? Me pregunté y en ese momento, como si mi mente hiciera un recorrido fotográfico de lo que había sido mi vida, los recuerdos llegaron a mí, tan rápido que por un momento pensé que mi cabeza me

iba a estallar. Inmediatamente, me llevé mis manos sobre la frente y comencé a llorar.

—¿Me quería quitar la vida, doctor? — Le pregunté aun sabiendo que la respuesta era afirmativa y al ver que el doctor aceptaba al asentir con su cabeza, la vergüenza se apoderaba de mí.

—Voy a darte de alta, pero es importante que vayas a consulta con un especialista para que te ayude a superar esa pérdida emocional que te llevó a intentar contra ti misma — Me dijo, al mismo tiempo que escribía sobre un papel.

—¿Mi familia, vino por mí? — Le pregunté al doctor, un poco preocupada por la reacción de ellos al verme.

—No lo sé, pero Eduardo está afuera esperando para ayudarte. Él, ha venido todos los días y es el que te ha llenado la habitación de flores, como puedes ver — Me dijo y realmente, miré y toda la habitación estaba llena con flores, me pareció que eran parte del hospital, por eso no me asombré al verlas, pero no comprendía por qué Eduardo había venido todo este tiempo.

El doctor me entregó el récipe médico con todas las indicaciones y la referencia para ir al psiquiatra. Se despidió dándome una palmada sobre el hombro y salió de la habitación junto con la enfermera. Yo, me quedé en silencio, pensando en cómo iba a reaccionar al reencontrarme con mi realidad y apenas me puse de pie, Eduardo entró y me sostuvo con sus brazos, como si sintiera temor a que cayera al piso.

—¡Déjame ayudarte, por favor! — Me dijo, mientras hacía que me apoyara en él.

—Estoy bien, suéltame, me estás lastimando — Le dije, al mismo tiempo que me tocaba el brazo por el fuerte apretón que me había dado.

—No, por favor, discúlame; siento mucho temor, no quiero que nada malo te ocurra y no quiero volver a verte caer — Me dijo mientras juntaba sus manos como si estuviera en oración.

Yo, no comprendía el por qué se preocupaba tanto por mí, si realmente era una persona extraña para él, como él lo era para mí. En ese momento, me quedé mirándolo y al parecer, Eduardo podía leer cada una de mis expresiones porque respondía justo lo que yo me estaba preguntando en mi mente.

—Ya sé lo que debes estar pensando, Natalia. Déjame llevarte a tu casa y en el camino te respondo todas tus dudas ¿Te parece? — Me preguntó y a pesar de que era un extraño, me acaba de dar cuenta que era el único que se había preocupado en ir a buscarme al hospital.

—Creo que no tengo más opción, no hay nadie más que me esté esperando. Así que no voy a decir que no — Le dije con sinceridad.

Sin decir alguna palabra, Eduardo tomó mi bolso que estaba sobre el sofá de la habitación y me tomó por el brazo, mientras nos enlazábamos los dos. Caminamos hasta su coche, tras bordear el hospital y él, me llevaba abrazada; me daba mucha seguridad tener a alguien cerca y sobre todo que me apoyara y ya merecía mis respetos. Apenas pude sentir la brisa, miré hacia el cielo y me di cuenta de que amaba respirar ¡Perdóname Dios, mío! Me dije y las lágrimas comenzaron a inundar mis ojos porque no podía comprender cómo había pensado en esa locura, si yo amaba estar con vida. Eduardo, volteó a mirar y yo estaba parada junto al coche, entristecida por la decepción conmigo misma.

—No, por favor, no llores Natalia. Esta es una oportunidad que te está dando la vida, aprovéchala al máximo — Me dijo, al mismo tiempo que me rodeaba la cintura con su brazo y me ayudaba a subir en su coche.

Eduardo trató en todo momento de hacerme olvidar que estaba saliendo de ese hospital, era un hombre muy atento conmigo, de alguna manera me hacía sentir

menos fatal internamente. Le di mi dirección y apenas llegamos, Eduardo se ofreció a entrar conmigo a mi casa, pero necesitaba estar sola y pensar.

—Gracias por todo, Eduardo. No sabes cómo me has ayudado, bueno, te debo esta nueva vida — Le dije con una sonrisa.

—Siempre estaré para ti, llámame cuando me necesites. No te voy a dejar sola — Me dijo, al mismo tiempo que me abrazó, fue tan fuerte que por un momento creí que mis huesos de la espalda se habían partido. Pero dentro de todo fue agradable, me dio mucha seguridad y me bajé del coche con una mejor actitud.

Los dos nos despedimos, mientras caminaba hasta la entrada de mi casa, suspiré profundo y tomé el valor para entrar. Apenas abrí la puerta, toda mi familia y amigos me sorprendieron con globos y bambalinas y unas letras gigantes con la que me daban la bienvenida.

—¡Te amamos, Natalia! — Gritaron todos al unísono.

Me quedé inmóvil, la sorpresa no me la esperaba, aunque realmente me extrañaba que ninguno de ellos me hubiera buscado en el hospital. En ese momento, todos se acercaron a abrazarme y comencé a llorar por la emoción del momento.

—¡Gracias a todos! Es un bonito gesto, me siento muy feliz de verlos a todos nuevamente — Les dije, al mismo tiempo que los saludaba a todos.

Me hicieron sentir en casa y con el afecto que siempre había buscado en ellos. Después de unas largas horas compartiendo, poco a poco se fueron retirando. Mi madre y Enna quisieron quedarse conmigo, pero les pedí a las dos que me dejaran a solas. Había llegado mi momento de reencontrarme con esa verdad que debía enfrentar. Cuando me quedé sola, pude darme cuenta de que mi mente, había bloqueado por completo al causante de mi dolor, a George. Me levanté del sofá, miré a mi alrededor y me di cuenta de que habían quitado todas las fotos que tenía con George en mi casa y había sido la mejor idea porque tenía tantas

que parecían un papel tapiz.

Entre a mi habitación y todo estaba cambiado, era como si estuviera en un lugar al que no reconocía como mi hogar. Faltaban muchas piezas que habían sido parte de mi vida y de mi falsa historia de amor, durante mucho tiempo. En ese instante, recordé a Eduardo y él tenía razón en que el destino me estaba dando una nueva oportunidad y no la iba a desaprovechar pensando en alguien que había arruinado mi vida. Pensé muchas cosas, pero lo más acertado que llegó a mi mente fue olvidarme de todo lo que tenía que ver con el amor y eso implicaba, sacar de una vez por todas a George de mi vida.

Al día siguiente, me levanté muy temprano y con mucho entusiasmo. Me fui a mi primera consulta con la psiquiatra y al salir de ahí, creía que me había quitado una gran carga emocional. Me había dado cuenta de que Enna y quizás muchos de los que siempre habían criticado mi relación con George, tenían razón en muchas cosas y con el pasar de los días, el recuerdo de esa hermosa relación que solo existía en mi cabeza se había ido. Eduardo insistía en saber de mí, pero no quise darle mayor cabida dentro de mi vida. Le estaba muy agradecida por todo lo que había hecho, aun así, no quise vincularme emocionalmente, aunque fuera con la amistad, con ningún hombre, al menos por un tiempo.

Retomé mis actividades normales, esas que había abandonado también. Me integré a mi grupo de amistades y aunque también había hombres, eran mis amigos sinceros. Eduardo continuaba insistiendo con llamadas a mi móvil, pero yo le respondía con un mensaje de texto y siempre le decía que estaba muy ocupada. Lamentaba mucho no poder corresponder a su afecto sincero, pero no estaba en condiciones todavía.

—¿Amiga, pero no te da pesar con Eduardo? Al menos dale un voto de confianza para que te demuestre su sincera amistad — Me preguntó Enna, tratando de hacerme cambiar de parecer.

Me quedé en silencio por un momento, como si estuviera digiriendo un poco cada una de sus palabras y era cierto, Enna tenía razón en todo lo que me estaba diciendo, no podía seguir siendo tan injusta con Eduardo.

—Sí, tienes razón, Enna. Hoy mismo lo voy a llamar, me ha ido muy bien con las terapias de la psiquiatra, por eso, creo que ya no tengo problema con socializar y hacer nuevas amistades del género masculino — Le dije, mientras sacaba mi móvil de la bolsa.

Enna se me quedó mirando, un poco inquieta al ver si realmente le estaba siendo sincera, pero sí, ya me sentía muy bien. Busqué el número de Eduardo e inmediatamente le marqué; no habían pasado dos repiques cuando él me estaba contestando.

—¡Natalia, qué sorpresa más bonita! — Me dijo apenas me contestó.

En ese momento, me quedé sin palabras, no sabía que responderle a Eduardo. Mientras Enna me miraba como si en mi rostro hubiera un gran signo de interrogación, yo traté de reaccionar.

—Eduardo, sí, soy Natalia ¿Cómo has estado? Sé que debes estar un poco confundido y debes pensar que soy una malagradecida, pero es porque estuve muy ocupada con la terapia y... — Le decía, pero él no me dejó continuar.

—No tienes nada que explicarme, Natalia. He estado esperando tu llamada, disculpa si crees que te estaba acosando — Me dijo y mientras conversábamos, comencé a sonreír con cada una de sus ocurrencias al decirme parte de su vida.

Enna, me veía tan a gusto conversando con Eduardo, que se despidió dándome un beso en la mejilla y me dejó a solas en mi oficina. Mientras, él me comentaba de lo que había hecho durante todos estos días y su vida, me parecía tan interesante que suspiraba con cada una de sus anécdotas del día a día.

—Me parece tan interesante tu vida, Eduardo. A pesar de que estas siempre

rodeado de tus empleados y todos hombres, tienes una gran sensibilidad por las cosas. Ser ingeniero no debe ser nada fácil — Le dije con mucha delicadeza.

Eduardo se sintió halagado con mi comentario y unos minutos después, ya le había aceptado una invitación a cenar. Me sentí un poco extraña, solo había llamado a ese hombre para disculparme y resultó que ya tenía una cita, pero dentro de todo, era muy importante haber aceptado porque eso formaba parte de mi renovación personal.

Camino a mi casa, me detuve en la estación de servicios y mientras aseaban mi coche, me senté a tomar un café. Justo en el momento en que me iba a tomar el primer sorbo, vi a George, se estaba bajando de su coche, al mismo tiempo que le abría la puerta a la que suponía que era su esposa en ese momento. Era la misma mujer que aquel día, estaba envuelta en las sábanas, con la que me había engañado o quizás la engañada era ella. No pude ocultar que me estaba afectando volver a verlo y pensar que, por ese hombre, yo estuve a punto de perder mi vida al lanzarme de un puente. Fui una tonta al pensar que mi mundo era él, cuando yo no era ni siquiera su satélite.

Traté de evitar que me vieran, pero casi se me derrama el café sobre la mesa porque me había levantado muy bruscamente y en ese momento, George y esa mujer estaban frente a mí.

—¡Natalia! Qué bueno es verte bien, después de lo que te pasó ¿Cómo te sientes? — Me preguntó y me pareció tan descarado que no me tomé la molestia de responder.

Terminé de tomar mi café y dejé el dinero sobre la mesa. Ni los miré, caminé hasta mi coche y me subí, pero aun con los vidrios arriba, pude escucharla gritar.

—¡Maleducada, al menos por cortesía puedes responder! — Gritó como una loca, mientras George estaba detrás de ella, inmóvil como una marioneta en reposo.

Arranqué en el coche y me llené un poco de ira, me desagradó verlo nuevamente y más aún porque se veía feliz con ella y su mirada de lástima hacia mí, la pude sentir, aunque no lo haya visto a los ojos. Estaba muy segura de que las personas podíamos ser cínicas, pero al nivel de George pensé que no se podía ¿Cómo era capaz de preguntarme cómo estaba? Después que me había arruinado mi vida, pensé por un momento, pero luego recordé las palabras de la terapeuta y ella tenía razón, la vida me la había arruinado yo al querer mantener una relación en la que yo estaba pagando por que él permaneciera a mi lado.

Sequé las lágrimas que me salieron y juré que la tristeza no me iba a invadir, solo me quedé con la sensación de que ya no sentía ningún afecto por él. Aunque no podía olvidar ese amargo capítulo de mi vida, lo iba a tomar como una gran lección en la que no se trataba de mantener a un hombre a mi lado para no sentirme sola, más bien de compartir el amor con otra persona que también buscara lo mismo que yo.

Llegué a mi casa, algo cabizbaja por el encuentro tan desagradable que había tenido en la estación de servicio. Me serví un café y me senté cómodamente en el sofá para ver una película, como no le estaba prestando atención, me quedé dormida. A lo lejos, escuchaba un sonido que iba y venía, era muy persistente, tanto que hizo darme cuenta de que no estaba del todo dormida. Abrí los ojos y el sonido se trataba del repique de mi móvil. Me levanté sobresaltada para alcanzar a contestar, pero apenas tomé el aparato, la llamada había finalizado. Cuando revisé la notificación y vi que era Eduardo, me llevé las manos sobre la cabeza al recordar en ese momento que había pautado una cita con él y ya estaba cerca la hora del encuentro.

¡Lo olvidé! Grité un poco alocada mientras corría a la ducha y al salir, el móvil sonó nuevamente y pude contestar en esa oportunidad.

—¡Eduardo, disculpa que no te había atendido! Me recosté un momento y me quedé dormida, pero ya me estoy vistiendo para encontrarme contigo ¿ya saliste

al restaurante? — Le pregunté mientras sostenía el móvil con una de mis orejas y el hombro, al mismo tiempo que me vestía como si me fuera una niña a la que fuera a dejar el transporte escolar.

—Te estaba llamando para saber si pasaba por ti, por eso mi insistencia. Ya siento muchas ganas de volver a verte, lo digo por saber cómo te está yendo, no vayas a pensar mal de mí, por favor — Me dijo, como si tratara de ocultar que me estaba cortejando, su trato conmigo era muy evidente, solo que yo no me imaginaba nada más que el comienzo de una gran amistad.

—No te preocupes, Eduardo. Nos vemos en el restaurante, si quieres ve saliendo, yo apenas esté lista, me voy para allá — Le dije con una sonrisa que, si eso indicara algo, le diría que no hacía falta que fingiera que yo le gustaba.

Después de hablar con él, terminé de arreglarme, dudé un poco del vestido que había escogido porque no quería estar muy llamativa. No me sentía muy emocionada con la idea de volver a salir con un hombre, pero necesitaba demostrarme a mí misma que realmente había dejado atrás todo lo ocurrido y que estaba preparada para una nueva vida y eso incluía tener nuevas amistades.

Apenas llegué y el mesero me llevó a la mesa donde me esperaba Eduardo y vaya que me dejó sorprendida con el atuendo que había escogido. Realmente estaba ante un hombre muy guapo, le brillaban los ojos como cuando una persona está feliz, enamorada, su energía era muy hermosa y con tan solo verlo, me hizo sonreír y sentirme a gusto, cosa que no había sentido por ninguna otra persona.

### Capítulo III

Eduardo se sonrió al mirarme y fue un gran gesto que me dio la bienvenida a esa cita de la que, por algún motivo, tenía miedo de asistir. No estaba segura, era como un cincuenta y cincuenta de ganas de ir y no ir ¿Miedo? Sí, un poco. Quizás porque era evidente lo que buscaba Eduardo, a pesar de que se escudaba en ofrecerme solo su amistad. Aun así, estaba siguiendo su juego de ser simplemente amigos.

Los dos nos quedamos frente a frente, sin hablar, como si el silencio era el encargado de acercar nuestras manos o nuestras mejillas para saludarnos, fue algo tonto, como un juego de niños donde ninguno de los dos sabíamos qué hacer, hasta que el mesero intervino, al darse cuenta de que, si no lo hubiera hecho, Eduardo y yo pasaríamos la noche mirándonos.

—Disculpen, señores ¿Desean ordenar alguna bebida? — Preguntó el mesero y rápidamente, Eduardo y yo reaccionamos.

—Sí, si claro — respondimos al mismo tiempo y al mirarnos, nos echamos a reír.

El mesero se sonrió y se retiró para traernos la carta y Eduardo muy gentilmente me saludó, como debió haberlo hecho en el momento que había llegado.

—Buenas noches, Natalia ¡Estás preciosa! Por favor, toma asiento — Me dijo, al

mismo tiempo que besaba tiernamente mi mano y me retiraba la silla para que tomara asiento.

No sabía si los dos nos estábamos volviendo locos, pero yo también le correspondí al saludo como si ese momento en el que ambos nos quedamos en silencio, nunca hubiera ocurrido y para ser cierto, ninguno de los dos hicimos algún comentario.

—Buenas noches, Eduardo ¡Gracias! Estoy muy agradecida por esta invitación — Le respondí mientras tomaba asiento —Quiero que sepas que me siento muy en deuda contigo y lo menos que podía hacer era aceptar esta invitación — Le comenté mientras ponía mi mano sobre su brazo y con un gesto de agradecimiento, le sonreí.

El mesero, llegó con la carta y nosotros cortamos la conversación para escoger la bebida.

—¿Vino tinto? — Nos preguntamos al mismo tiempo, como otra coincidencia de la noche y volvimos a sonreír y nos quedamos mirando y el mesero, nuevamente tuvo que intervenir.

—¿Les sugiero algún vino de la casa? —Nos preguntó y se nos quedó mirando como si se estuviera diciendo que éramos unos clientes fastidiosos.

—Sí, por favor traiga el mejor — Respondió rápidamente Eduardo, tratando de tomar el control de la situación —Ahora sí, puedo continuar, te decía que estás preciosa, Natalia — Me dijo mirándome a los ojos y en ese momento, sentí una fuerte conexión con Eduardo, algo que no pude describir, pero me había gustado y no lo podía ocultar.

—Y yo te agradecía por ese halago y por la invitación ¡Está hermoso el lugar! — Le dije con una sonrisa, al mismo tiempo que me arreglaba el cabello con mis manos.

Me di cuenta, que de alguna manera le estaba coqueteando a Eduardo y no lo podía creer porque era algo involuntario, se salía de mi control, como si estuviera peleando internamente con lo que quería y lo que debía. Así, comenzamos a beber, una copa tras otra y después llegó la cena. Me sentía tan a gusto, que no me importaba mirar el reloj, dejé que las horas corrieran sin importar nada más que lo bien que la estaba pasando con Eduardo, hasta que unos minutos después, dejé que se me arruinara la noche.

Cuando Eduardo se quedó mirando fijamente hacia la entrada del restaurante, yo curiosamente le seguí la mirada y resultó que se estaba levantando para saludar a George y a su mujer ¿Se conocen? Me pregunté y al ver que se estaban saludando como si fueran amigos de muchos años, me quedé buscando un punto fijo en la pared y el techo del restaurante, al mismo tiempo.

—¡Amigo, tanto tiempo sin saber de ti! — Le gritó Eduardo a George y éste, enseguida lo abrazó, acercándose a la mesa.

Mientras ellos conversaban, yo trataba de esconderme y queriendo abrir un hueco en la mesa para poder meter mi cabeza como si fuera una avestruz, pero esa mujer, la esposa de George, no desaprovechó la oportunidad para tratar de hacerme sentir mal.

—¿Tú? No lo puedo creer ¡Qué pequeño es el mundo, tú aquí cenando con el amigo de mi esposo! ¡Tremenda coincidencia! — Me dijo mientras soltaba una carcajada.

No podía refutar el comentario de esa mujer, ella tenía razón en que era una ¡tremenda coincidencia! Aun así, la ignoré por completo y esperé que Eduardo se regresara a sentarte en la mesa, pero solo. Sin embargo, por cosas del destino, mi noche se había arruinado por completo al mirar nuevamente los ojos de George.

—¡Natalia! — Gritó George un tanto sorprendido al verme en la misma mesa en

que Eduardo estaba.

—¿Cómo? ¿Se conocen? — Preguntó Eduardo inclinando su cabeza como símbolo de que estaba sorprendido.

Como sabía que George y su esposa iban a decir la verdad, me quedé sentada, sin decir nada, esperando que ellos se adelantaran y respondieran.

—No puedo creer verte con Natalia, Eduardo — Dijo George mientras nos miraba a mí y a Eduardo —Sí, Natalia y yo nos conocemos, fuimos novios — Comentó George y Eduardo captó todo, inmediatamente.

—¿Novios? Entonces, él es el George que fue culpable... —Dijo en voz alta, al mismo mi tiempo que buscaba mi mirada

—Sí, él es el George —Le respondí levantando la cabeza para que se diera cuenta que yo no sentía mínimo recelo.

El gesto de felicidad que tenía Eduardo al verme se había eliminado de su rostro, como si un borrador gigante le estuviera pasando.

—No puedo creer que tú seas ese hombre que le hizo tanto daño a Natalia, George, me siento decepcionado, amigo — le respondió, al mismo tiempo que se colocaba detrás de mí, haciéndome sentir apoyada.

—Pero, Eduardo, tú realmente no sabes cómo se dieron las cosas. George siempre le decía que ya no la amaba y ella lo retuvo todo este tiempo con sus mentiras, él sufrió mucho y yo también, esperando que ella comprendiera que George se había enamorado de otra y que nos íbamos a casar — Dijo esa mujer en voz alta y sus palabras fueron puñaladas que se clavaban en lo más profundo de mi corazón.

—¿Eso es cierto, George? Puedes responder y terminar con esta farsa de una buena vez — Lo miré y le pregunté con mucha serenidad.

Eduardo presionó mis hombros, como si con ello me transmitiera su apoyo e indignación. George me miró y en sus ojos, con una lágrima me daba a entender que le dolía lo que me había hecho.

—Camila, no sigas por favor — Le dijo a su mujer y le pidió que tomara asiento —Quiero pedirte perdón, Natalia y a ti también, Camila. Soy un desgraciado al haberme aprovechado de ustedes — Nos dijo con la voz quebrada.

Camila se levantó y se posó frente a él como si tuviera ganas de cogerlo por el cuello. Yo, volteé a mirar a Eduardo y con un gesto en mi mirada, le hice ver que al fin se estaba haciendo justicia.

—Yo aun te amo, Natalia, pero es que te convertiste en una mujer que me envolvía con su amor ¡Me sentía asfixiado! No supe cómo llevarlo y en ese momento me sentí confundido hacia lo que sentía, en ese entonces, conocí a Camila y era tan despistada que a veces se le olvidaba que yo existía y vi en ella tu lado opuesto y eso me acercó mucho, hasta el colmo de sostener una relación y comprometerme en matrimonio — Continuó hablando, mientras me miraba y explicaba sus razones por las que me hizo tanto daño —Pero, no fue así como te lo hice ver, Camila. Yo, nunca le dije a Natalia que no la amaba, esa fue una excusa para que te quedaras a mi lado — Le dijo a su mujer, mientras ella volvía a tomar asiento —Me di cuenta, después que me enteré de todo lo que te había ocurrido, que había sido un mal hombre contigo y lloré, en el silencio de esta soledad que me está matando, a pesar de estar casado ¡Te amo, Natalia! ¡Perdóname Camila, no sé cómo me pudo ocurrir esto! — Nos dijo y me dejó completamente asombrada por su loca confesión.

Camila, se levantó y se fue rápidamente, mientras George se quedó parado frente a mí con lágrimas en sus ojos. Después de algunos segundos, quizás esperaba que yo le correspondiera a su supuesto amor, pero me quedé mirándolo, quieta, sin nada que decir. Al ver que no pensaba decir nada, él se fue detrás de Camila y Eduardo se sentó a mi lado para conversar.

—Lamento todo esto, Natalia. No puedo comprender cómo George pudo hacerte algo así, a ti y a su mujer. Él, es un buen amigo de la infancia y me contuve de partirle la cara con un golpe. Ésa no fue una buena acción de su parte, tú no merecías eso — Me dijo, mientras me abrazaba.

No creí en ninguna de las palabras de George, me parecieron tan falsas como él, pero después pensé en que, si se arriesgó a perder su matrimonio con esa confesión, tal vez si se trataba de su verdad. Pero, su sinceridad me hizo asquearme con tan solo recordar que fui su mujer y que me había enamorado de lo que me hacía creer.

—No te lamentes, era necesario todo esto. No me siento triste, solo decepcionada conmigo misma, pero no pasa nada. No dejemos que esto arruine nuestra cita, por favor — Le dije a Eduardo, tratando de que la salida no se entorpeciera, pero también era mentira que lo que había ocurrido no era algo fácil de olvidar.

—¿Qué quieres hacer? — Me preguntó Eduardo y yo con ganas de pedirle que quería irme a mi casa, pero no podía dejar que se me notara lo afectada que me estaba sintiendo al conocer que prácticamente vivía con un hombre que se acostaba con otra mujer.

—¡Salgamos de aquí, Eduardo! De pronto, es lo que quiero — Le pedí, al mismo tiempo que me levantaba de la mesa con mi bolso en la mano.

Eduardo dejó dinero en la mesa para pagar el servicio y nos fuimos hasta el estacionamiento. De ahí, Eduardo me pidió que lo siguiera en mi coche y eso hice; poco a poco nos fuimos adentrando en la autopista hasta llegar a un paradero, me pareció un poco extraño que después de haber salido de un fino restaurante, Eduardo me haya llevado a un sitio así y más aún, vestida con un traje. Aun confundida, me bajé muy a gusto de mi coche y me sentí como una cenicienta en su carruaje y me dejé guiar por él.

—Sé que te preguntarás por qué este lugar ¿Verdad? — Me preguntó y le asentí con la cabeza —Cierra tus ojos — Me dijo, al mismo tiempo que colocaba una de sus manos sobre mi rostro, hasta cubrirme los ojos y con su otra mano, me guiaba —Ahora con mucho cuidado, quiero que los abras y me digas ¿Qué te parece esa vista? — Me preguntó después de soltar sus manos.

Me quedé abismada ante lo que estaba viendo, a pesar de lo oscuro. En el fondo del precipicio, había una gran tela que decía “La vida es tan bella como tú, Natalia”, estaba alumbrada por muchos bombillos de colores y segundos después, salieron chispas de los fuegos artificiales con ese sonido tan característico que anunciaba siempre alguna celebración. Yo, comencé a reír, con esa risa nerviosa de cuando no sabes si llorar o reír, solo podía estar segura de que me sentía grandiosa y halagada.

—¡Qué hermosa sorpresa, Eduardo! Jamás lo hubiera esperado, ya ves, siempre había sido yo la de las sorpresas como lo dijo tu amigo, George — Le dije con un poco de vergüenza.

—No sientas pena por eso que comentó George, yo no estoy para juzgarte, si estoy en tu camino es porque voy a ser alguien especial — Me dijo con una sonrisa en sus labios —Natalia, yo tengo que confesarte algo que quizás va a cambiar tu forma de mirarme de ahora en adelante. Con esto, tal vez no quieras volver a verme, pero sería un falso si no te digo la verdad, no quiero ser un hombre mentiroso — Me comentó, dejándome con mucha intriga.

—¿De qué se trata, Eduardo? Puedes hablar con confianza, por favor — Le dije mientras me colocaba frente a él.

—No pude evitar enamorarme de ti en todo este tiempo. Iba a ese hospital a verte, todos los días y velaba tu sueño. No me lo tomes a mal, por favor, pero cuando te conocí, aquel día en el puente, fue como si la vida me llevara a ti y desde ese entonces, no he podido apártate ni un segundo de mis pensamientos —

Me confesó, al mismo tiempo que me tomaba de las manos.

Me había quedado impactada, demasiadas sorpresas juntas en una misma noche. La confesión de Eduardo ya la esperaba, pero no de esa manera tan llena de sentimiento ¿Ahora, qué hago? Me pregunté ¿Qué debo responderle a Eduardo? No sabía cómo reaccionar y lo peor, es que él había hecho una pausa en la que suponía que yo debía intervenir.

—No sé qué decirte, Eduardo, pero si de algo sirve, recuerdo que cuando te vi mientras me bajaba de la ambulancia, pude sentir algo muy especial por ti — Le respondí con mucha sinceridad.

Eduardo se alejó un poco y pensé que se había disgustado por mi respuesta, pero como no sentí que había nada malo en esas palabras, no creí necesario acercarme para mirar si le ocurría algo. Hice lo mismo, me alejé y comencé a mirar nuevamente el mensaje que me había regalado y me quedé un rato sonriendo. Minutos después, se acercó Eduardo con una rosa ¿De dónde la pudo haber sacado? Me pregunté sorprendida al ver que no había ningún vendedor.

—Ten, la compré para ti y escogí la más bella. Me alejé hace un rato porque siento mucha ira con George, no puedo comprender por qué hizo eso contigo. Yo daría mi vida por tenerte a mi lado y hacer de ti, la mujer más feliz del mundo — Me comentó y enseguida, me vino la duda a la mente.

—¿Cómo un hombre como tú, está soltero? Porque lo estás ¿Verdad? — Le pregunté ante la desconfianza que había generado lo que me hizo George.

—Terminé una relación hace unos meses, pero fue en buenos términos y hace poco, cuando falleció mi madre, mi ex, se convirtió en un gran apoyo. A pesar de que tuvimos intimidad, digamos que fue una recaída después de unos tragos por la tristeza que tenía, mantenemos una buena amistad — Me confesó, dejándome ver su lado más sincero.

—Lamento lo de tu madre y me alegra que seas lo suficiente maduro como para

llevar una relación de amistad con ella, eso habla muy bien de ti, Eduardo — Le dije aun sintiéndome muy incómoda por no saber cómo hacer con todo lo que me había dicho antes —Gracias por la rosa, son mis preferidas, está preciosa — Le dije, al mismo tiempo que me la acercaba a la nariz para percibir de cerca su perfume.

—Déjame acercarme a ti, Natalia, pero afectuosamente. Dame la oportunidad de enamorarte, de hacerte ver que la vida es tan hermosa como tú. Mira a tu alrededor, mereces todo esto y más. No voy a preguntarte en este momento si quieres ser mi novia, ya habrá un tiempo especial para eso, pero quiero que salgamos a compartir y te voy a convencer con hechos para cuando te haga esa pregunta, me respondas sin vacilar, que sí quieres ser mi novia — Me dijo con una mirada de esas que envuelven y con un brillo en sus ojos, que me decían que debía intentarlo.

—¿Sabes algo, me encanta como me hablas? Todo lo que dices es con un toque de sinceridad que yo misma puedo percibir. No te voy a decir que no siento miedo, pero me gustaría saber ¿No crees que es un poco apresurado para que digas que estas enamorado de mí? — Le pregunté, ansiosa por conocer su respuesta.

—Ven, vamos a sentarnos debajo de este árbol — me dijo, al mismo tiempo que me tomaba de la mano y me ayudaba a sentar —No se elige a la persona que se va a amar, pero toca mi pecho, siente cómo palpita y se acelera porque te tengo así de cerca — Me confesó nuevamente, mientras me dejaba sentir los latidos de su corazón sobre la palma de mi mano —No te estoy pidiendo que me elijas para amarme, solo te pido que me permitas sacar todo el amor que tienes acumulado en tu corazón y convertirlo en una hermosa historia de amor, yo prometo cuidar de tus sentimientos — Me dijo y se me hizo un nudo en la garganta ante las hermosas palabras de Eduardo.

Me sentí desarmada, sin argumentos con los que pudiera rechazar su propuesta.

Sus palabras me sensibilizaron de tal manera que salieron lágrimas de mis ojos. Eduardo, me ayudó a levantar y estando frente a frente, pude mirarlo a los ojos y le respondí.

—Estoy dispuesta dejarme enamorar por ti, Eduardo y sé que no será difícil porque hablas tan bonito que me pones a volar. Ya veremos si esa oportunidad de que lleguemos a ser novios se convierte en realidad — le dije al mismo tiempo que me abrazaba a su cuello.

#### **Capítulo IV**

Eduardo correspondió a ese abrazo y me hizo sentir muy segura de lo que acaba de decidir. Trató de darme un beso, pero no pude aceptarlo y aparté mi boca dejando que mis labios tocaran suavemente su mejilla. Él sonrió y me acarició dulcemente en cabello y besó mi frente. Con eso, me daba a entender que era todo un caballero y me hizo sentir muy complacida.

Los dos nos quedamos sentados, conversando y riendo. Eduardo era un hombre muy cariñoso y me hacía olvidar todo lo malo que había vivido. Ya casi en la madrugada, nos despedimos para marcharnos cada uno a nuestras casas y mientras iba conduciendo, recordaba cada una de sus palabras y comencé a sonreír. Jamás pensé en volver a iniciar una relación, al menos no tan pronto y me sentía muy bien. Llegué a mi casa con una actitud de triunfadora, pero todo se volvió gris cuando recibí la llamada de George, en ese instante, pensé en que debí haber cambiado de número en el momento en que compré mi nuevo móvil y

no quise contestar, pero era tanta la insistencia que creí conveniente dejar las cosas claras para evitar malos entendidos.

—¿Qué quieres, George? — Le pregunté tajantemente.

—¡Perdóname, Natalia! No puedo vivir tranquilo con la culpa de saber que, por mí, te ibas a quitar la vida — Me dijo y podía notar que estaba llorando.

—Ya todo está olvidado, George y no fue por ti, fue porque era una débil que no tenía el control de mi vida, pero ya eso ha quedado atrás. Busca el perdón dentro de ti y ocúpate de tu mujer, solo ella te debe importar en este momento — Le dije, esperando cerrar ese círculo en ese mismo instante.

—Te amo, Natalia y no te voy a perder. Voy a hablar con Camila, ella va a entender. Hagamos una vida juntos, como tú siempre lo quisiste, pero por favor, no me dejes — Me dijo y en su locura, nada tenía sentido.

—¡Escúchate, George! Estás hablando cosas ilógicas. No me interesa tu supuesto amor, yo estoy saliendo con Eduardo y no quiero que con tus locuras manches todo lo que he logrado superar. Por favor no me llames más, George — Le dije, al mismo tiempo que le cortaba la llamada.

Me senté en la cama y me llevé las manos sobre la cabeza, no podía comprender lo descarado que era George, solo esperaba que después de esa llamada me dejara en paz. Encendí la televisión y marqué el canal de música y me quedé sentada en el sofá junto al balcón de mi habitación esperando que el sueño llegara y ni cuenta me di cuando me quedé dormida ahí sentada. Al día siguiente, me despertó el sonido del repique de mi móvil y casi caigo al piso cuando intenté estirar mis piernas. Lo escuchaba sonar, pero aun tenía sueño y mientras buscaba por todos lados dónde estaba el aparato volteé a mira en el sofá y ahí estaba ¡Había dormido sobre él! No alcancé a contestar y cuando vi en la pantalla el nombre de Eduardo, comencé a temblar.

Fue una emoción muy fuerte, como si una corriente suave hubiera tocado mi

corazón y una risa nerviosa se apoderó de mí en ese momento ¡Es Eduardo! Grité, mientras sostenía en mis manos el móvil, tratando de marcarle, pero no hizo falta porque él estaba llamando nuevamente.

—¡Eduardo, qué bueno oírte! — Le grité al momento de contestar.

—¿Cómo está la mujer más preciosa del mundo? — Me preguntó con su voz seductora.

—Bien, me haces sonrojar y tú ¿Cómo amaneciste hoy? — Le pregunté un poco emocionada.

—Enamorado, si me preguntas eso, la respuesta que te daré siempre es que amanezco más enamorado de ti ¿Podemos vernos hoy? — Me preguntó como si tuviera algo ya planificado.

—Generalmente los sábados voy a una fundación que alberga animales abandonados y paso buena parte del día ahí. Eso me nutre mucho como ser humano, les llevo comida y algunos juguetes para ellos y créeme que lo agradecen — Le dije, al mismo tiempo que sonreía al recordar a todos esos peludos animales que alegraban mis sábados desde hacía algún tiempo.

—Eres estupenda, Natalia; hagamos algo, voy a pasar por ti para que juntos, vayamos a esa fundación. Antes, vamos a comprarles muchas cosas y después de compartir con ellos, quiero llevarte a un lugar muy especial para mí — Me dijo, dejándome sin la opción de negarme ante tan hermosa propuesta.

Acepté todo lo que me había dicho Eduardo, ese hombre tenía las ideas más maravillosas y me inquietaba saber cuál era ese lugar tan especial para él. Sentí que después de haber hablado con Eduardo, me había quedado una gran sonrisa como si estuviera tatuada sobre mi boca. Con mucha calma, me vestí muy casual, con unos jeans, camisa de cuadros y unos tenis blancos. Dejé suelto mi cabello y me coloqué unas gafas para el sol y esperé a Eduardo sentada en mi habitación, mientras me tomaba una taza de té.

—¡Natalia, mi vida! — Escuché gritar desde la calle y apenas me asomé, vi que Eduardo estaba parado frente a la entrada de mi casa.

Todo parecía una locura, aun así, quise arriesgarme a conocer y a vivir una nueva experiencia con Eduardo, así que salí rápidamente para subirme en su coche y sin decir una palabra más, Eduardo me abrazó y me besó. Yo le correspondí, aunque no salía de mi asombro, me gustó sentir sus labios tan cerca de los míos. Apenas se detuvo, yo me quedé con los ojos cerrados, esperando que él continuara con sus besos, pero al sentir que no sucedía, abrí mis ojos y lo vi con una sonrisa en sus labios.

—Sé que te gustó tanto como a mí, discúlpame por robar ese beso, ahora quiero que no sea robado, que sea que los dos estemos de acuerdo — Me dijo, al mismo tiempo que me tomaba el rostro con sus manos y lentamente, posaba sus labios sobre los míos y podía sentir muy de cerca su respiración que hacía que mi emoción creciera.

Cerré nuevamente mis ojos y me dejé llevar por la sensación de sentirme amada, esa que no había tenido en mucho tiempo porque solo yo sentía amar a alguien. Los besos de Eduardo me arropaban el alma y me elevaban hasta el infinito.

—Me encantan tus besos, podía pasar todo el día besándote... — Le dije, al mismo tiempo que volví a besarlo, sin dejarlo hablar.

Entre cada beso, se nos escapaba una sonrisa y eso nos acercaba más en la relación que estábamos comenzando. Con un poco de fuerza de voluntad, los dos nos colocamos el cinturón de seguridad y nos fuimos hasta la fundación. Esas horas junto a él, compartiendo tan dulcemente con esos indefensos animales, me hicieron ver la calidad humana que tenía. Eduardo era tan hermoso por dentro como por fuera y en ese instante, me di cuenta de que en cualquier momento pudiera aceptar y convertirme en su novia, así que iba a esperar con ansias, ese momento en el que me lo pidiera formalmente.

—Mi vida, este ha sido uno de los días que más me han llenado el corazón de alegría. Disfruté mucho compartiendo con todos estos animalitos y ver tu cara de felicidad, para mí no tiene precio ¡Así quiero verte, siempre sonriendo! — Me dijo, al mismo tiempo que me abrazaba y me daba un beso.

Todos comenzaron a gritar al ver que me estaba besando con Eduardo, ya que todo el tiempo que llevaba asistiendo a la fundación, jamás me había acompañado George porque nunca tenía tiempo y realmente no le gustaban ese tipo de acciones. Sentí un poco de vergüenza y me cubrí la cara en el pecho de Eduardo, mientras él estaba feliz de verme sonrojar. Tan solo estuvimos algunas horas compartiendo en ese lugar, después nos fuimos en el coche para el sitio que era tan especial para Eduardo. No tenía ni idea de qué se trataba, pero mis expectativas eran muchas por ser un hombre tan esplendido.

—¿Estas preparada para una nuevo comienzo? Quiero que estés decidida, mi vida — Me preguntó y me dejó con mucha curiosidad.

—¿Preparada? Sí, lo estoy, pero decidida ¿A qué, mi vida? No comprendo — Le respondí, al mismo tiempo que le preguntaba para salir de la duda.

—Espera, ya pronto me vas a dar esa respuesta y tú me seguirás preguntando — Me dijo mientras colocaba su mano sobre mi pierna.

Cada minuto, Eduardo y yo nos acercábamos más, física y sentimentalmente. Todo estaba ocurriendo muy a prisa, tenía una mezcla de sentimientos, como si se encontraran y no consiguieran cual camino tomar, pero dentro de todo, estaba muy segura de que sí quería avanzar más con él. El camino se me hizo eterno por la larga autopista, parecía que no íbamos a llegar nunca y estaba tratando de ocultar mi mal humor, aunque Eduardo, parecía que tenía años conociéndome porque me conocía cada gesto en mi rostro mejor que mi madre.

—No te impacientes, mi vida. Ya vamos a llegar, ten un poco de paciencia — Me dijo y mientras yo comenzaba a jugar con mi cabello, como si fuera una niña

que estaba fastidiada.

Comenzamos a reír, pero Eduardo no pudo esquivar un hueco y una de las llantas del coche, explotó. El coche dio vueltas en toda la vía, pero por gracia divina, no ocurrió algún accidente que lamentar.

—¿Estás bien, mi vida? — Le pregunté a Eduardo muy apenada al haber tenido la culpa de su descuido.

—Sí, mi vida. Solo un pequeño golpe en el brazo, pero no pasó nada. Voy a bajar a ver qué le sucedió a la llanta, espera aquí un momento — Me dijo mientras se bajaba a mirar.

Me sentía tan culpable de lo que había ocurrido que al ver a Eduardo tocarse el cuello como aliviando el dolor, me bajé para tratar de ayudar en algo, pero en ese momento, las luces de otro coche se acercaban y para mi mayor sorpresa, era George.

—¿Amigo, estás bien? — Le preguntó rápidamente a Eduardo y sin darse cuenta de que yo me encontraba a un lado, se bajó para auxiliar a su amigo —¡Natalia! Entonces es verdad ¿Ustedes, están juntos? — Preguntó exaltado al confirmar que yo le había dicho la verdad cuando hablamos por el móvil.

—Estamos bien, George y sí, Natalia y yo estamos juntos ¿Nos vas a ayudar o no? — Le pregunto dejándole ver que aún estaba muy molesto por lo que me había hecho.

George sacó las herramientas de la cajuela del coche de Eduardo y sin decir palabra alguna, lo ayudo a cambiar la llanta. Inmediatamente que terminaron, él se dirigió hacia mí y sin importar que Eduardo lo estuviera escuchando, lanzó unas palabras que no me esperaba después de todo lo que había ocurrido.

—No voy a dejarte nunca, Natalia. Yo fui tu primer hombre, tu primer amor y yo te sigo amando. Cometí muchos errores, pero los voy a corregir — Me dijo y

aunque fuera muy extraño, le creí todo lo que había dicho.

—Te estás pasando, George. Natalia ahora está conmigo y te pido que respetes su decisión. Eres un hombre casado, ya déjala en paz o te la vas a ver conmigo

— Le respondió Eduardo, muy a la defensiva, al mismo tiempo que me abrazaba y me daba un beso en la frente como si estuviera marcando el terreno, tal y como lo hacen los animales salvajes.

—No la voy a perder, no te vas a quedar con mi mujer — Le dijo a Eduardo y sin esperar su respuesta, se subió rápidamente a su coche y de un golpe, cerró la puerta como si le hubiese quedado en las manos.

Eduardo se me quedó mirando, como esperando que yo le mencionara algo referente a lo sucedido, pero el asombro era tanto de él como mío.

—¿No vas a decir nada? — Preguntó, como si estuviera muy molesto conmigo.

—¿Qué puedo decir, Eduardo? Si tengo alguna culpa, es la de que se haya explotado la llanta, no que George se apareciera en el camino — Le respondí con un poco de ironía.

—Tú sabes de qué te estoy hablando, Natalia. George dijo que te amaba y que iba a tratar de corregir los errores que cometió para volver contigo ¿Tú estás de acuerdo con eso que dijo? — Volvió a preguntar, como si tuviera miedo a que yo lo dejara por George.

La actitud nerviosa de Eduardo me tenía un tanto preocupada. Jamás pensaría que después de haberme mostrado su lado más dulce, él me estuviera reclamando con su verdadero rostro.

—Creo que es mejor que me lleves de vuelta a mi casa, yo jamás pensé que las palabras de George te pudieran afectar. Eso me indica que eres un hombre volátil

— Le dije mirándolo a sus grandes ojos cafés.

Eduardo sin tan solo responder o al menos pedirme disculpa por su

comportamiento, se subió al coche y me dejó parada hablando sola. Inmediatamente, me subí también y cerré la puerta, al mismo tiempo que limpiaba mis manos con la bota del pantalón. Los dos nos fuimos en silencio y yo iba en todo el camino pensando en que no tenía la culpa de lo que había ocurrido con George, ni tampoco tenía el poder de controlar lo que van a decir las personas. Me dolía mucho que, por culpa de un malentendido, se haya frustrado nuestro hermoso día, pero apenas estaba conociendo a Eduardo y ya me estaba desencantando de su supuesta caballerosidad.

—Ya estás frente a tu casa, Natalia — Me dijo Eduardo, con una actitud grosera apenas detuvo el coche.

Ni siquiera volteó a mirarme, ni hizo algún gesto para despedirse de mí, solo se quedó mirando a través de su ventana como si quisiera darme la espalda. Yo le coloqué mi mano sobre su hombro, pero él lo movió como cuando se sacude algo que le estorba y eso me entristeció. Me bajé del coche, con resentimiento y tampoco volteé a mirarlo, pero el sonido de su coche al arrancar me dio más razón para estar molesta.

Entré a mi casa y lancé mis llaves al piso y me senté en el sofá a llorar. No cabía duda de que me afectaba tanto lo de George como lo de Eduardo. Las palabras de George me confundieron, aunque no podía evitar pensar que él no había tenido la culpa de que yo atentara contra mi vida porque la débil había sido yo, pero no me quedaba claro que él haya cometido un error al casarse con Camila. En cuanto a Eduardo, él estaba muy molesto, pero ¿Por qué conmigo? Yo no hice nada que lo incomodara, ni siquiera le había dicho algo a George. Su actitud, le derrumbaba lo bonito que había pensado de él.

No pude dormir en toda la noche, aunque traté de negarme a la idea, esperaba una disculpa de parte de Eduardo, no solté mi móvil por si entraba su llamada, pero eso nunca pasó y en la mañana, tenía nuevamente esa sensación de vacío que había logrado superar. Para tratar de levantarme el ánimo, busqué un helado

en el refrigerador y me senté en el sofá de la sala a ver la televisión. Tras una que otra cucharada del delicioso sabor a vainilla, escuche el timbrar de mi puerta. Me levanté de inmediato y antes de abrir, arreglé un poco mi cabello que estaba muy despeinado y miré por el ojo de la puerta. Al darme cuenta de que era Eduardo, sonreí un poco y sentí un sabor agrisado al recordar la manera como se había comportado en la noche anterior.

Abrí sin decir ninguna palabra, esperando que él me dijera a qué había venido y en su rostro se veía que había sido difícil tomar la decisión de visitarme.

—Discúlpame, por favor. Ayer, fui el peor de los tontos, lo reconozco. No tengo valor ni para mirarte a los ojos, Natalia. Me siento muy mal, pero quiero que me entiendas, tengo miedo a enamorarme más de ti y que tú perdones a George y regreses con él — Me dijo al mismo tiempo que me tomaba de las manos.

—¡No pienses eso, Eduardo! Ayer, arruinaste todo con tus malos pensamientos. Debes aprender a no pensar por los demás y eso hiciste. Yo no tuve la culpa de que apareciera George y que dijera todas esas cosas que oíste — Le dije, al mismo tiempo que correspondía al abrazo que acababa de darme —Por favor, sigue y toma asiento — Le pedí, mientras le señalaba el sofá al ver que seguía de pie.

## Capítulo V

Eduardo me insistía en que lo disculpara y estaba tan sordo por la culpa que sentía que no escuchaba todas las veces que le decía que ya todo estaba olvidado, que sí lo había disculpado, hasta que, al fin, logré que entrara en razón el pobre hombre. En parte, no sabía si estaba tomando la decisión correcta al querer continuar con la relación que apenas estábamos iniciando porque después de su reacción por aquello que para mí había sido una tontería, no podía imaginar cómo se pondría si ocurriera algo peor, pero aun así quise darle una oportunidad porque me sentía en deuda por haberme salvado la vida.

—Gracias, mi vida ¡Prometo que no volverá a ocurrir! No habrá un nuevo capítulo donde yo te haga pasar otro mal rato, Natalia — Me dijo, al mismo tiempo que besaba mi mano.

Tenía cierta debilidad por la mirada de Eduardo, era tan fácil de convencerme cuando sus profundos ojos cafés me miraban como si emanaran una especie de rayos x. de alguna manera, le creí, confié en sus palabras y me emocioné al pensar que podíamos retomar lo que habíamos dejado pendiente en el supuesto lugar especial.

—No prometas, hazlo porque es lo correcto, no por agradarme a mí — Le dije con mucha seriedad.

Me acerqué a él y le levanté su rostro con mis manos, se sentía muy apenado y evitaba mirarme, hasta que, con un beso, le demostré que si lo había disculpado. A pesar de haber sido flexible con el carácter de Eduardo, no me sentía del todo satisfecha porque algo dentro de mí, me decía que lo que estaba intentando no iba a funcionar, pero a toca costa quise continuar. Después que Eduardo se tranquilizó, los dos nos fuimos al balcón y mientras admirábamos el cielo, planificábamos otra salida a ese sitio tan especial al que quería llevarme. Sonreíamos con tan solo imaginarnos juntos porque él bromeaba tratando que yo adivinara de qué se trataba ese sitio y con todas las pistas que me dio, no pude adelantar nada. Nos detuvimos un momento, abrazados, frente a frente y cuando

estábamos a punto de besarnos, sonó el timbre de la casa.

—¿Esperas a alguien, mi vida? — Preguntó Eduardo con un gesto un poco desagradable que me hizo ver que se había molestado.

—No, no espero a nadie, mi vida ¿Te molesta que alguien venga a visitarme? — Le respondí y también le pregunté para salir de mi duda por su reacción que ya se estaba haciendo frecuente.

—Lo que pasa es que quiero estar a solas contigo, mi vida y no quiero que nadie nos moleste — Comentó y a mi parecer, Eduardo pretendía aislarme del mundo y eso no lo iba a permitir.

—Pero, yo... — Le iba a refutar, pero insistían en hacer sonar el timbre y tuve que decidir abrir —Lo siento, pero debo abrir, puede ser alguna emergencia — Le dije y rápidamente caminé hasta la puerta.

Eduardo se vino detrás de mí, murmurando muy molesto, pero yo debía abrir, no podía aislarme como si no tuviera familia. Abrí sin preguntar quién era y apenas me di cuenta de que estaba frente a George, me subí las manos a la cabeza.

—¡Tú! ¿Qué quieres, George? — Le pregunté y volteé a mirar a Eduardo.

—¿Vas a decirme que no estabas esperando a George? — Me preguntó Eduardo, como si yo le estuviera ocultando alguna relación con mi ex.

—Te equivocas, Eduardo, vine sin avisar. Disculpa si los incomodé, pero necesitaba ver a Natalia — Dijo George con un poco de vergüenza.

—¿Y por qué necesitas ver a mi Natalia? — Preguntó Eduardo y comenzaron a discutir.

Yo, me quedé mirando como los dos peleaban como si fueran animales de granja y ni tan solo volteaban a mirarme aun sabiendo que hablaban de mí. Apenas me di cuenta de que estaban a punto de irse a las manos, me paré en medio de los

dos y les pedí que pararan la discusión.

—¡Quiero que se detengan, ya! — Les grité y los empujé para separarlos a los dos — Contigo no tengo nada que hablar, George y en cuanto a ti, Eduardo, no tienes por qué decir que “soy tu Natalia”, no tengo dueño ¡Salgan de mi casa, váyanse! — Volví a gritarles, al mismo tiempo que les abría la puerta y señalaba con mi mano para que se marcharan.

Eduardo trató de acercarse a mí, como si de alguna manera eso me hiciera cambiar de opinión, mientras que George no paraba de pedir disculpas, pero yo no quería escucharlos, a ninguno, no esa vez. Me mantuve firme en mi decisión y apenas salieron, tiré la puerta y de un solo golpe se cerró. No me importó que fuera a ocurrir con ellos estando solos, apagué mi móvil y me lancé en la cama a llorar.

¿Cómo fui a involucrarme con esos hombres? Me pregunté por la ira que sentía, aun no comprendía por qué George, después de haberme causado tanto dolor, pretendiera que yo olvidara todo como si se tratase de un simple resfriado común que se va en un par de días y Eduardo, se creía mi dueño si ni siquiera lo había aceptado como novio. Los dos me estaban volviendo loca, después que había recuperado mi confianza en mí misma, todo se me estaba complicando en mi mente. De tanto tratar de buscar respuestas en mi mente, me quedé dormida y desperté al día siguiente con un gran dolor de cabeza. Me vestí como de costumbre y me fui hasta la oficina y estando con Enna, me pude desahogar al comentarle todo lo que me había ocurrido en tan solo un fin de semana.

—No puedo creer que George te siga buscando ¡Es un descarado! Y ahora Eduardo, se cree tu dueño — Me dijo Enna muy indignada.

—Sí, amiga. Imagínate, si Eduardo se cree mi dueño y solo nos hemos besado, no quiero ni pensar lo que pasaría si llegamos a tener intimidad — Le dije mientras bebía una taza de café.

—¿Entonces, estás pensando en seguir con Eduardo? Lo pregunto porque dejaste abierta la posibilidad de tener intimidad con él — Me dio Enna muy alarmada — Amiga, ya sabes lo que dicen de los hombre que son celosos, pueden convertirse en un torturador o algo así — Me comentó preocupada.

Enna, una vez más tenía razón con Eduardo, ya lo que estábamos iniciando no tenía cabida porque no quería ser una víctima más de esos hombres que se convertían en despiadados por los celos. Le pedí a mi amiga que me dejara a solas en mi oficina y comencé a reflexionar. Tomé el móvil y le marqué a Eduardo y lo cité para conversar a un café que estaba cerca de mi casa. Después de las dos de la tarde, salí de la oficina sin comentarle a nadie y apenas llegué al lugar, Eduardo estaba esperándome en una de las mesas con un gran ramo de flores. Sentí un nudo en mi garganta, sabía que lo que iba a decirle a Eduardo le iba a doler, pero no podía pensar en nadie más que en mí y no estaba dispuesta a poner en riesgo mi tranquilidad y la paz interna que había logrado recuperar.

—Eduardo, estoy aquí — Le dije con un tono de voz muy serio —No te levantes por favor — Le pedí, al ver que intentaba darme un beso.

—Natalia, mi vida, gracias por venir ¡Tenía tantas ganas de verte! Toma asiento, por favor — Me dijo e inmediatamente me separo la silla para sentarme —Te traje rosas, ya sé que son tus preferidas — Me las entregó y estaba actuando como si nada malo hubiera ocurrido.

—No puedo aceptar tus flores, Eduardo — Le dije e inmediatamente se las quité y las coloqué sobre la mesa —Si te cité en este café no es para hacerte creer que nada pasa, por el contrario, necesito decirte que he tomado una decisión y no quiero que pienses que es algo apresurado. No quiero volver a salir contigo, así que lo que estábamos iniciando entre los dos, se terminó en este momento —Le informé y sin esperar que me diera alguna excusa ante su reacción de la noche anterior, continué —No se trata de George, por si lo estas pensando, se trata de mí. No quiero lidiar con un hombre celoso, me gustó lo bonito que conocí de ti,

pero por lo demás, me siento decepcionada. Te agradezco en el alma por haberme salvado la vida, por eso te voy a estar completamente agradecida — Le dije y me levanté para subirme a mi coche.

No quise mirar atrás para conocer su reacción, no quería llevarme más sorpresa y estaba muy segura de que Eduardo se había quedado con la idea de que yo había vuelto con George. Por mi mente eso no pasaba, no estaba en mis planes regresar con un hombre como él, aunque me lo pidiera de rodillas.

Arranqué mi coche y llegué a mi casa bajo una fuerte lluvia que cayó inesperadamente sobre la ciudad. Detuve mi coche en frente, pero no me pude bajar por la cantidad de agua que caía. Mientras esperaba, me puse a revisar las redes sociales en mi móvil, pero al ver a un hombre tocar insistentemente la puerta de mi casa, perdí la concentración y sin esperar que el agua cesara, me bajé del coche y crucé la calle mojándome.

—Buenas... ¿Busca a alguien? Yo vivo aquí — Le dije al hombre inmediatamente que me acerqué a él.

—Sí, hola, busco a la familia Álvarez — Respondió y sus ojos azules se clavaron en mí como si hubieran atravesado mi alma — Pero, por favor, señorita no se moje — Me dijo, al mismo tiempo que me colocaba su paraguas sobre mí.

Sentí una gran paz interna al escuchar su voz y por un momento pensé estar al lado de una persona muy especial. Le sonreí y después de agradecerle por el gesto, le respondí.

—No, aquí no vive la familia Álvarez, ellos están a media cuadra de aquí — Le dije y mirando que la lluvia se estaba convirtiendo en una tormenta, le ofrecí resguardarse en mi casa.

—Eres muy amable al ofrecerme que entrara a tu casa... — Me dijo, mientras extendía su brazo para darme la mano.

—Natalia, mi nombre es Natalia y es un placer... — Le respondí, esperando conocer también su nombre.

—Perdón, es que estoy algo agotado por el viaje. Mi nombre es José Luis, soy médico y me llamaron los Álvarez para que fuera a revisar a su hijo menor. Al parecer sufrió una lesión en la pierna y estaba acostado con fiebre — Me dijo, al mismo tiempo que se asomaba por la ventana.

Me acerqué a José Luis y pude notar a través de la ventana que la lluvia no cesaba y comencé a preocuparme.

—Cuanto lamento que no puedas salir. Voy a calentar un poco de té mientras esperas, pero si necesitas usar el teléfono, ahí estas — Le dije y mientras lo dejaba en la sala, yo me fui con toda calma hasta la cocina y comencé a pensar en lo bien que me había caído ese desconocido.

José Luis, se veía tan interesante e intelectual con esas gafas de lectura que se había colocado al sacar de su maletín. Después de servir las tazas con el té, me acerqué a la sala y él estaba sentado cómodamente en el sofá hablando con una persona a través de su móvil. No quise interrumpirlo y aproveché la oportunidad para observarlo detenidamente.

—Aquí tienes el té, José Luis — Le dije apenas vi que terminó con su llamada — Si quieres, toma asiento — Le pedí al verlo tan inquieto.

—Me preocupa la fiebre del niño, pero tampoco quiero salir bajo esa fuerte tormenta. No quiero llegar a enfermarlo más — Me dijo y lo pude notar más preocupado.

—Gracias, sí, voy a tomar asiento porque nada voy a ganar con preocuparme más. No puedo hacer mucho con esa lluvia. Pero, ven Natalia, acompáñame — Me pidió y enseguida me senté a su lado.

Conversamos largamente, de muchos temas que iban y venían, todos me

parecían interesantes y de pronto, había descubierto esa parte tan conversadora que pensé que no tenía y con mucha emoción escuchaba muy atenta a todo lo que hablaba José Luis. Nos reíamos, pero también entristecíamos al comentar sobre la muerte de algunos de nuestros familiares. Con esa amena compañía, pasé parte de la noche, hasta que llamaron nuevamente al doctor y no pude pedirle que se quedara en rato más.

—Bueno, ya cesó la lluvia y tengo que marcharme, el deber me llama. Natalia, fue un gran placer conocerte, créeme que desde hoy comenzaré a adorar los días lluviosos ¡Eres encantadora! — Me dijo, al mismo tiempo que besaba mi mano.

—El placer es mío, José Luis. Demás está decir que puedes venir cuando gustes, estoy a la orden — Le dije, correspondiendo a su cortesía.

José Luis y yo nos despedimos en la puerta y lo vi marcharse en su coche. Al cerrar la puerta, suspiré y comencé a pensar en el grato momento que había pasado con un extraño que logró en cuestión de horas, meterse en mis pensamientos. Por un momento se me habían olvidado todos los malos ratos que tuve el fin de semana con Eduardo y George. Solo me faltaba resolver el dilema con George y necesitaba hacerlo inmediatamente, pero al mirar al reloj, me di cuenta de que era muy tarde y lo dejé pendiente para el día siguiente.

En la mañana, muy temprano antes de ir a la oficina, pasé por la casa de George. Al pararme frente a su puerta, los malos recuerdos regresaron a mí y sentí una necesidad de salir huyendo, pero me armé de valor y toqué a su puerta sin importar que Camila me abriera.

—¡Natalia, mi vida! Me sorprende verte aquí, pero pasa — Me respondió George al abrir.

—¿Estás seguro de que quieres hacerme pasar? Lo pregunto por Camila — Le pregunté para no pasar un mal rato dentro de la casa.

—Camila, decidió irse después que le confesé que es a ti a quien amo ¿Viniste

por mí, verdad? — Me dijo y me quedé sorprendida al saber lo del abandono de Camila.

—Vine para pedirte, a rogarte si es necesario, que no me busques más. Entre nosotros ya no queda nada, al menos de mi parte no existe ni el recuerdo de lo que sentí por ti. No me interesa lo que puedas sentir, George, ya deja de buscarme — Le dije con mucha severidad.

—¿Es por Eduardo, decidiste quedarte con él, es eso? — Me preguntó como si no escuchara todo lo que le estaba diciendo.

—No se trata de nadie, es por mí tranquilidad — Le dije y rápidamente abrí la puerta salir —No quiero saber más de ti, George — Fueron mis palabras en esa despedidas.

Salí de esa casa como con diez libras menos, me había quitado un gran peso de encima y estaba seguro de que la vida me iba a premiar por ser una buena persona y me iba a perdonar el error de haber atentado contra mi propio ser. Mientras iba camino a la oficina, pensaba en que había sido un error intentar una relación con Eduardo, era muy pronto. Tal vez el agradecimiento que siento por él confundió mis sentimientos y con sus atenciones, creí que podía ser amor, aunque pudo darse una bonita relación entre nosotros si no hubiera sido por su obsesión.

## Capítulo VI

Esperaba que mi conversación con George cerrara ese capítulo en mi vida y así poder comenzar de nuevo. La vida es muy corta para guardar rencor en mi corazón, así que decidí en ese momento pasar la página y dedicarme a sonreír y a ser feliz. Al llegar a la oficina, Enna estaba con mala cara a causa de un malestar estomacal. Al parecer, la leche con que prepararon el café estaba descompuesta y por el dolor de estómago tan fuerte que tenía la tuve que llevar de emergencia a una clínica, después de avisarle a Javier, su novio.

—Vamos, Enna, necesito que trates de ponerte de pie, mira que no puedo arrastrarte. Ayúdame que falta muy poco para llegar a la entrada — Le dije a Enna al ver que no quería caminar por el dolor que le causaba estar de pie.

Apenas pude, me coloqué su brazo sobre mi hombro y cuando llegamos a la entrada de la clínica, las enfermeras trajeron una silla de ruedas e inmediatamente la ingresaron a la emergencia. Ahí, estuve un largo rato en la sala de espera hasta que vi llegar a Javier.

—¿Dónde está Enna? — Me preguntó Javier muy preocupado.

—¡Cálmate, ya la están atendiendo los médicos! Estoy segura de que no es nada grave, por favor, toma asiento — Le dije mientras le colocaba mi mano sobre su hombro y lograba que se quedara tranquilo a esperar que el médico saliera a informar sobre el estado de mi amiga.

Apenas se sentó, comencé a contarle cómo había sucedido el incómodo momento de Enna, pero cuando escuché la voz del doctor, me quedé en silencio y voltee inmediatamente hasta quedarme sorprendida.

—¡Familiares de Enna González! — Gritó el doctor y le reconocí la voz inmediatamente.

—¡José Luis! — Le grité sin esperar que terminara de acercarse.

—¡Natalia! — Me gritó y los dos nos abrazamos como cuando dos personas que se conocen por años y tienen mucho tiempo que no se han vuelto a ver — ¿Viniste con Enna? Lo pregunto porque el joven que te acompaña levantó la mano apenas mencioné su nombre — Me preguntó, al mismo tiempo que me tomaba de la mano como si le olvidara que se encontraba en su lugar de trabajo.

—Sí, vine con Enna, él es su novio ¿Cómo está ella, José Luis? — Le pregunté sin poder evitar que notara que me había sudado la mano por los nervios de volver a verlo.

—Mucho gusto, doctor, soy Javier ¿Cómo está Enna? — Le preguntó Javier al ver que no dejábamos de mirarnos.

—Disculpa, mucho gusto. Enna sufrió una intoxicación estomacal, pero con un tratamiento y un poco de reposo, ella va a estar bien ¡Pueden llevársela a casa cuando quieran! Si quieren me esperan y los acompaño, ya estoy entregando la guardia y me gustaría ver que todo esté bien con tu amiga, Natalia — Nos dijo José Luis y me pareció un maravilloso gesto de su parte.

Le miré la cara a Javier para contar también con su aprobación y el pobre ni me

miró, solo pude ver la expresión de preocupación en su rostro que, a pesar de la buena noticia, lo se le quitaba. Apenas vio a Enna salir de la emergencia, Javier comenzó a sonreír y rápidamente salimos a abrazarla. José Luis nos acompañó a dejarla en su casa y luego, él y yo nos despedimos de la pareja.

—Te agradezco tanto por toda la atención que has tenido con mi amiga — Le dije a José Luis mientras nos despedíamos al salir de casa de Enna.

—No me agradezcas, a pesar de que soy entregado a mi profesión, quise venir porque no quería desaprovechar el momento para compartir un rato contigo. Me quedé con ganas de seguir conversando contigo aquella noche, es difícil encontrar mujeres como tú en esta vida, Natalia — Me dijo y con sus palabras, me ponía un poco nerviosa porque sin pensarlo, José Luis me estaba comenzando a gustar como hombre.

—Yo también me quedé con ganas de seguir conversando, de hecho, sabía de alguna manera que te volvería a ver — Le dije y comencé a reír, pero al darme cuenta de que me estaba excediendo por las carcajadas nerviosas, comencé a toser para que de alguna manera lográramos cambiar de tema.

José Luis se me quedó mirando y como si hubiera notado lo que me estaba ocurriendo, no intentó cambiar la conversación y, por el contrario, me invitó a salir esa misma noche.

—¿Te parece si nos tomamos un café en este momento? Así te robo unos minutos — Me propuso y acepté con una sonrisa que respondía por sí sola, que sí.

Seguí a José Luis en mi coche hasta un restaurante cerca de la iglesia de la capital. Estaba un poco retirado de la casa de Enna por lo que tardamos un tanto en llegar. Pero no me afectó en nada la espera porque iba escuchando música, como de costumbre y así el tiempo pasó demasiado rápido.

Cuando tratamos de entrar al lugar, el gerente estaba en la puerta y saludó con

mucho afecto a José Luis, pero también le dijo que no podíamos entrar porque el restaurante había sido reservado para un evento nacional, así que los dos decidimos caminar y en ese momento, entramos a la iglesia, pero tampoco nos dejaron entrar porque era tarde.

—En esta iglesia es donde quiero casarme algún día, me llena de paz ese lugar y como tampoco nos dejaron entrar en el restaurante, se me ocurre que mi boda la haga en esta iglesia y al salir, se haga una gran celebración en ese restaurante, sería un sueño — Lo dijo con mucho entusiasmo y me miró como buscando alguno de mis comentarios.

—Tienes razón, te quedó muy buena tu cosa ¿Piensas en casarte? — Le pregunté algo preocupada porque no le conocía otra mujer, al menos no me lo había comentado la vez que estuvimos hablando mientras llovía.

—Sí, lo acabo de decidir, quiero casarme — Me dijo, al mismo tiempo que sacaba una fotografía de su billetera —Mira, ella es mi madre, antes de morir, me dijo que iba a conocer a una gran mujer, con un gran corazón y con una voz tan dulce que al oírla sería como escuchar a los ángeles del cielo y mi madre no se equivocaba — Me confesó a como si fuera una anécdota que guardaba celoso.

No comprendía exactamente qué quería decirme José Luis con su comentario, pero hablaba con palabras que salían de su corazón y eso lo podía notar en el brillo de su mirada.

—No sé por qué me dices todo esto, pero se oye muy bonito. Estoy segura de que tu madre desde el cielo te está bendiciendo para que logres encontrar a esa mujer — Le dije mientras le sonreía sinceramente.

—¡Natalia, esa mujer eres tú! — Gritó como si se tratara de una realidad.

—¡Eso no es juego, José Luis! — Le grité e inmediatamente caminé hacia mi coche.

Pretendía subirme al coche y marcharme del lugar, sentí que José Luis se estaba burlando de mí con lo que me había dicho. Yo estaba muy sensible a nivel sentimental y lo menos que quería era salir nuevamente lastimada.

—¡Espera, Natalia! — Gritó nuevamente José Luis y apenas logró alcanzarme, me colocó su mano sobre mi hombro y me detuve.

—Por favor, no te vayas así ¿Dime si mi comentario te hizo algún daño? Si fue así, no fue mi intención, te dije la verdad, Natalia — Me dijo, al mismo tiempo que me levantó mi rostro con su mano y me miró a los ojos — Tú eres esa mujer que, con su voz, me haces creer que escucho a los ángeles y me llenas de paz y tranquilidad. Es lo que he estado esperando de la vida — Me confesó.

No pensé que con mi voz pudiera transmitir todo eso que me decía José Luis y que se escuchara tan lindo al venir de las palabras de un hombre, pero no podía permitir que su discurso me envolviera y de esa manera, yo cayera nuevamente en una ilusión sentimental como me había ocurrido con George y Eduardo.

—Es que no puedo comprender como te puedes emocionar tan pronto conmigo, si apenas me estas conociendo. No sabes nada de mí, José Luis — Le dije un poco a la defensiva.

José Luis se me quedó mirando y como si estuviera esperando que yo me calmara al verme tan alterada que me tomó de la mano y nos fuimos caminando hasta la plazoleta que estaba cerca de la iglesia.

—¿Estás más calmada? — Me preguntó, mientras nos sentábamos.

—Disculpa mi reacción, es que últimamente no me ha ido nada bien en cosas que tengan que ver con el corazón, por eso me lo tomo tan en serio — Le respondí para que pudiera comprender mi reacción.

—No te estoy insinuando nada malo, ni estoy siendo irrespetuoso contigo, no deberías sentir miedo. No sé qué te hayan hecho anteriormente, pero no voy a

permitir que, por el error de otros hombres, tú no me permitas ser sincero contigo y confesarte que siento que eres la mujer de mi vida. Quizás yo no sea el hombre tu vida, pero para mí tu eres esa mujer que solo aparece en la vida una sola vez y no te voy a permitir que te alejes por tus temores — Me dijo como si estuviera sacudiendo de mis entrañas, todos los miedos que sentía.

—Sí, tengo miedo a que me hagan daño y también tengo una historia que no es fácil de contar, aunque es parte de mi pasado, siempre me acompañará como una huella que no puedo borrar — Le dije, temiendo que, al contarle ese triste capítulo de mi vida, esa sonrisa que estaba en sus labios se eliminara y saliera huyendo en su coche.

José Luis se quedó mirándome, como si hurgara a través de mi mirada, esa verdad que tenía atravesada en mi garganta. No era fácil para mí, decirle al mundo que fui una mujer débil, pero al ocultarlo, estaría fortaleciendo esa debilidad que había disipado. Así que decidí continuar como el agua que, con su transparencia, nada puede ocultar.

—Te escucho, no tienes por qué sentir miedo — Me dijo y se acercó más a mí y mientras me tomaba de la mano, comencé a contarle cómo fue que, por boba, pensé en quitarme la vida.

Aunque ese día me desmayé y no pude lanzarme del puente, en mi mente guardo el recuerdo como un intento de suicidio, pero José Luis hizo que lo asumiera y con su análisis mental, terminé por aceptar que solo fue un pensamiento.

—No, no tienes por qué cargar con esa pena, Natalia. Tu mente te está jugando sucio, aquello solo fue un pensamiento y nada más. Pensaste en hacer algo que no se ejecutó, así que ya es hora de que te liberes de esa culpa — Me dijo y con sus palabras, terminé de sentir el alivio que desde hace mucho tiempo buscaba.

—¡Gracias, José Luis! Con esas palabras, me dejas sin el peso de la culpa y siento que mi sonrisa es muy verdadera. Bueno, siempre fue de verdad, pero...

¡Ay, ya me enredé con mis palabras! — Le dije e inmediatamente comencé a reír sin parar, como una bebé que tienen cargada en brazos.

José Luis, me tenía gratamente sorprendida por su serenidad y su capacidad de escucharme. En ningún momento me juzgó y siempre trató de hacerme ver que soy una mujer maravillosa y yo estaba comenzando a pensar que el maravilloso, era él. Y así, la noche, se hizo propicia para aceptar una invitación a cenar, después que no habíamos podido entrar al primer restaurante.

—¿Pasta, crepas, vegetales, pescados...? — Me preguntó, como tratando de alentar mis sentidos y que, de alguna manera, no me pudiera negar a comer.

—En este momento, comería lo que fuera — Le dije, al mismo tiempo que sonreía porque en verdad mi estómago no estaba de buen humor por el hambre que ya sentía.

Me levanté del duro asiento de la plazoleta y José Luis, puso su mano sobre mi cintura y así me fue llevando hasta mi coche para luego seguirlo y llegar hasta el lugar donde íbamos a cenar. Después que los dos terminamos la cena, José Luis recibió una llamada que lo obligó a salir del restaurante y yo, comencé a pensar en que no sabía si estaba bien aceptar que otro hombre, nuevamente me cortejara, pero al final, abrí mi mente y terminé por aceptar lo que era que lo que veía en José Luis, no lo había mirado en ningún otro hombre.

Apena se acercó a la mesa, José Luis se sentó a mi lado, me tomó la mano y me pidió que lo mirara a sus ojos. No podía hacer otra cosa que sonreír con sus gestos y acciones me parecían tan originales.

—Me tengo que ir, preciosa. Entró unos de mis pacientes por urgencia y el deber me llama. Pero antes, debo escoltarte hasta tu casa porque una princesa no puede andar solita — Me dijo con otra gran sonrisa, mientras besaba mi mano.

Era inevitable no estar con una sonrisa en mi boca, José Luis era tan diferente y a pesar de que no quería compararlo con George y Eduardo, mi mente me decía

que él era diferente en todos los sentidos. Aunque hubiera querido que la noche fuera eterna, me sentía plena con todo lo que había vivido con él durante toda la noche.

Me había desahogado, había podido sacar lo poco que había quedado de aquel día y sentí que en verdad estaba iniciando de cero, como si fuera una adolescente en búsqueda de su primer amor, ése con el que se diera todo con la magia de un beso.

—Eres tan dulce, José Luis. Hablar contigo me da tanta seguridad que siento que te voy a extrañar — Le dije, al mismo tiempo que inocentemente me abracé a su cuello como si mi inconsciente les pidiera a gritos que no se marchara a pesar de que sabía que no era eso lo que él deseaba.

—Si fuera por mí, me hubiera quedado a tu lado, desde la noche en que te conocí, pero esta profesión me eligió desde el momento en el que descubrí que necesitaba ayudar a la gente y eso hago. Pero, ya tengo otro motivo muy importante en mi vida por el que me hace sentir aún más vivo y es el amor — Me dijo y se fue acercando lentamente hacia mí.

José Luis me tomó por la cintura y mientras nuestros rostros se juntaban y sus labios entreabiertos buscaban su acomodo en los míos, se dio el beso que me hizo comprender que estaba frente a un hombre que había cambiado realmente mi vida desde el día en que lo conocí. No importó que estáramos parados, en medio del aquel restaurante y que todos posiblemente nos estaban mirando, nos besamos con la dulzura del primer amor, pero también con la energía que da la pasión de dos personas que se están conociendo.

Sin darnos cuenta, el mesero estaba frente a nosotros, esperando con la tarjeta de crédito de José Luis en su mano y me ruboricé al ver que nos besábamos cerca de él. A pesar del corto beso, pude sentir que sus labios, habían borrado la historia de los besos pasados y solo podía albergar en mi corazón, su dulce miel

de amor. Después de ese gran momento, nos tomamos de las manos y nos despedimos en el estacionamiento, pero José Luis insistió en escoltarme hasta mi casa y de ahí, él seguía hacia la clínica para continuar con su trabajo.

—Ya me quedo tranquilo, sé que vas a estar en tu casa. Voy a pensar en ti, a cada instante, no lo olvides — Me dijo y fue tan acertado con sus palabras, que yo también estaba segura de que iba a pensar mucho en él —Nos vemos mañana, princesa — Me dijo y se despidió con un beso.

—Sí, yo también voy a pensar en ti y este maravilloso día. Ya creo que te extraño y eso me gusta porque nunca lo había sentido — Le dije y volví a dale un beso, al mismo tiempo que me abrazaba sobre su cuello sin dejar de besarlo.

Una lágrima en mi rostro fue el sinónimo que me había enamorado de José Luis. Fue como un sentimiento de dicha, una felicidad verdadera que se había apoderado de mí y mi corazón nuevamente latía, pero por el verdadero motivo del amor. Al entrar a mi casa, me senté en el sofá y no paré de dar gracias a Dios porque él era el que decidía a quienes quería unir y yo estaba muy segura de que José Luis y yo, estábamos destinados el uno para el otro.

## Capítulo VII

Me lancé en la cama y giré en ella con mi almohada en los brazos. Comencé a sonreír y cerraba mis ojos para encontrarlo a él en mis pensamientos y lo podía ver, diciéndome que yo era la mujer de su vida. Había perdido tanto tiempo al lado de George, que no sabía lo que significaba sentir tanta seguridad en un hombre y podía estar segura de que, en el pecho de José Luis, había un gran corazón que era capaz de dar todo su amor a una sola persona.

Al día siguiente, me levanté muy serena y con una paz interior que había cambiado por completo mi vida. Apenas me estaba vistiendo para salir a la oficina, cuando comenzaron a llamar a la puerta. Me asomé por el ojo mágico y

era George el que estaba parado detrás ¡Hasta cuando, George! Grité y rápidamente abrí, esperando de una vez su explicación después que creía que todo estaba resuelto entre él y yo,

—George, espero que tengas una buena excusa para haber venido. No quiero que vayas a decir que no me vas a dejar nunca porque si es así, debes ir con un especialista, ya que estás perdiendo gravemente la memoria — Le dije, mientras esperaba su respuesta.

—¡Qué cambiada estas! No pareces la misma Natalia de cuando eras mi novia — Me dijo, al mismo tiempo que me miraba desde la cabeza hasta los pies y repetía la misma frase constantemente.

—¡Ya, por favor, George! Deja de decir que estoy cambiada ¿Qué estás haciendo aquí? — Volví a preguntarle hasta que, al fin, él salió de su asombro al verme.

—Quiero que hablemos, necesito que me escuches, Natalia. Cometí un error que ahora me pesa y quiero regresar contigo — Insistió una vez más.

En ese momento, suspiré y con la mano sobre mi pecho, le expresé a George que ya no me interesaba como hombre. George, se salió de control, me tomó muy fuerte por los hombros y comenzó a gritarme que yo no lo podía dejar. Sentí pánico, estaba ante un hombre al que desconocía totalmente por su brutal reacción. Mientras más le pedía que me soltara, aumentaba más la fuerza para evitar que me soltara, pero todo se tornó más violento cuando comenzó a besarme en contra de mi voluntad. Grité y grité, pero nadie venía en mi auxilio y llegué a pensar que, en su locura, intentara abusar sexualmente de mí, pero de pronto, como si fuera un ángel caído del cielo, llegó José Luis.

Apenas José Luis entró a la casa y miró lo que estaba ocurriendo, dejó caer las rosas que traía y rápidamente se fue encima de George para tratar de apartarlo de mí. Cuando logró que me soltara, comencé a toser porque me estaba dejando sin respiración y mi corazón se aceleró aun más cuando vi a José Luis y a George,

darse golpes como si fueran unos despiadados callejeros.

—¡Vete de aquí! — Le gritaba José Luis a George, pero yo no podía dejar que se fuera sin antes llamar a las autoridades para formular una denuncia.

Mientras ellos continuaban con los golpes, yo hablaba a emergencias y a los pocos minutos, una patrulla con las autoridades estaba llegando a mi casa. Se llevaron detenido a George y cuando terminaron de marcharse, cerré la puerta y busqué mi botiquín de primeros auxilios.

—Ven mi vida, deja que te limpie esa sangre — Le dije a José Luis, mientras le untaba alcohol sobre la herida que le había hecho George con los golpes.

—No es nada, princesa ¿Estás bien, te hizo algo más ese hombre? — Me preguntó, al mismo tiempo que me abrazaba y besaba mi frente —¿Quién era ese hombre, Natalia? — Indagó con mucha inquietud.

—Estoy bien, mi vida. Él, era George, mi ex, ya sabes la historia completa — Le respondí tratando de que no siguiera ahondando sobre el tema.

José Luis comprendió que no quería hablar más de lo que había ocurrido, aunque no podía ocultar que me afectó un poco ver la reacción de George porque después de tantos años juntos, jamás lo había visto de esa manera. Después de limpiar la herida de José Luis, me levanté y recogí las flores, eran rosas rojas. El ramo seguía intacto, a pesar de su fragilidad natural no se le cayó ni un solo pétalo. Mientras José Luis ordenaba los muebles, yo me fui a mi habitación a escondidas y me puse a llorar. Estaba llena de mucho dolor al pensar que después de haber amado a un George, él haya podido arremeter contra mí como si en verdad nunca le hubiera importado. En ese momento, entró José Luis y no pude ocultar mis lágrimas a pesar de que me las sequé con las manos inmediatamente.

—Te comprendo, preciosa, sé cómo te debes sentir ¡Ven, déjame abrazarte! — Me rodeó con sus brazos y me abrazó junto a su pecho.

No podía detener el llanto, como si mi alma quisiera botar esa gota de tristeza que permanecía dentro de mí. José Luis, me levantó la cara con su mano y con un delicado beso me dio la quietud que necesitaba para calmarme un poco. El beso tan lleno de ternura se fue intensificando cuando nuestras manos entraron en juego con la piel y las caricias hicieron que mis emociones explotaran y bajo los efectos del amor, no pudimos contener las ganas de unir nuestros cuerpos en uno solo.

Logré olvidar por completo el infortunado momento que había pasado. Cuando terminamos de hacer el amor, nos abrazamos y por primera vez en mucho tiempo, me sentí que realmente le importaba a alguien, sin tener que aminorarme y dejar de ser yo. José Luis me decía en todo momento que me amaba, con cada uno de sus besos y realmente podía sentir que en sus palabras había sinceridad, esa que no se encontraba en casi ninguno de los hombres que había conocido.

—Mira la hora, mi vida ¡Es tarde! Debo ir a trabajar — Le grité a José Luis, al mismo tiempo que me sentaba en la cama.

—Espera, preciosa ¡Relájate un poco, regresa a la cama, por favor! — Me dijo José Luis, al mismo tiempo que me abrazaba y me acostaba a su lado —¿Cómo te sentiste? Te pregunto porque para mí, fue hermoso. Me hiciste sentir mucho placer y disfruté mucho de ver cómo alcanzabas el éxtasis — Me preguntó y creí que mis orejas se enrojecían por lo caliente que se estaban sintiendo.

—Fue mágico, mi vida. Jamás había sentido tanto placer — Le respondí y con un beso íbamos a continuar con el idilio, pero el sonido de mi móvil nos sacó de concentración, rápidamente.

—Ve, mi vida, quizás sea algo urgente — Me dijo José Luis y me sorprendió su comprensión, pero no podía ser menos de un hombre tan diferente como él.

Salté de la cama y busqué el móvil; cuando miré, me di cuenta de que era de la oficina e inmediatamente respondí al ver que estaban tan insistentes.

—Hola, Carlos ¿Pasó algo? — Le pregunté al administrador de la empresa que yo gerenciaba.

—¡Natalia! No, no pasa nada. Disculpa que te haya llamado, es que me preocupé al ver la hora porque pasé por tu oficina y no estabas y me pareció extraño, tú nunca faltas ¿Estás bien? — Me respondió Carlos y me quedé muy sorprendida al escuchar el motivo de su llamada.

—Sí, Carlos, todo está bien. Decidí llegar un poco tarde hoy, se me presentó una emergencia. Por favor avísale a Enna — Le respondí sin dejar de demostrarle con mi tono de voz que estaba muy extrañada —¿Algo más que me quieras decir, Carlos? — Le pregunté, al ver a José Luis que se había acercado a mí.

—No, está bien, yo le aviso a Enna. Nos vemos aquí, un abrazo — Me dijo Carlos y terminó la llamada.

¿Un abrazo? Me pregunté al escuchar esa palabra de Carlos. No comprendía lo que estaba ocurriendo, recordé que Enna me había dicho que Carlos gustaba de mí, pero jamás le di importancia porque solo tenía ojos para George. Por eso su llamada me dejó atónita con su interés de saber si me había ocurrido algo y más aún, que haya estado pendiente de que no había llegado a la oficina, cuando pocas veces nos cruzábamos en los pasillos.

—¿Todo bien, preciosa? — Me preguntó José Luis mientras yo estaba tan pensativa.

Enseguida, lo miré y le di un beso y le sonreí mientras le confirmaba que todo estaba bien. Mientras nos vestíamos, jugábamos con golpearnos con las almohadas y en eso, tardamos toda la mañana. Aprovechamos el tiempo y nos fuimos a almorzar en un restaurante de comida rápida, cosa que me extrañó muchísimo por ser médico que comiera ese tipo de cosas, pero para salir de la rutina, me pareció una gran idea. Disfrutamos mucho de esa mañana tan especial y para un nuevo comenzar, no me podía quejar de cómo se estaba dando la

relación con José Luis ¿Relación? Me pregunté al dudar de lo que yo misma estaba pensando, pero sí, ya me sentía en una relación en la que estaba dispuesta a hacer todo diferente, aunque como toda mujer, esperaba que José Luis me pidiera formalmente que fuera su novia.

—Estás muy pensativa, preciosa ¿No te sientes bien conmigo? — Me preguntó, José Luis.

—Me siento maravillosamente bien contigo, mi vida. Solo que estoy gratamente sorprendida al ver cómo todo entre nosotros ha ocurrido tan rápido, pero siento que te conozco desde hace años, es como si tuviéramos años en una relación ¡Siento que te amo desde hace mucho! — Le dije con una sonrisa en mis labios.

—Me contenta verte así, yo también siento que te conozco de años, mi vida y ahora que lo mencionas, quiero decirte algo que debí haberlo hecho antes — Me dijo y me dejó muy intrigada.

—¿A qué te refieres, mi vida, qué fue lo que yo mencioné? — Le pregunté, mostrándome muy interesada.

—¡Relación! A eso me refiero, preciosa. Quiero pedirte en este momento ¿Quieres ser mi novia? Me preguntó y al escucharlo, mi corazón se llenó de una emoción muy grande que me aceleró el pulso, como si me encontrara corriendo en la final de una maratón.

—¡Por supuesto que sí, mi vida! Sí, quiero ser tu novia — Le respondí con un grito y al darme cuenta de mi tono de voz, me llevé las manos a la boca para cubrirme por la vergüenza — ¡Perdón, mi vida! Me sentí muy emocionada — Le dije, muy apenada.

Después de esa petición, un poco informal, mi vida di un giro de 360 grado. Todo lo que había deseado se me estaba haciendo realidad. José Luis, era todo y más de lo que había esperado, en tan solo días, se había convertido en un motivo para sonreír. Cuando terminamos de almorzar, los dos salimos tomados de la

mano y nos despedimos junto a mi coche.

—Te voy a extrañar, preciosa, cada segundo que esté sin ti se me va a hacer eterno — Me dijo mientras me tenía abrazada junto a su pecho —Voy a mi casa a descansar un rato y luego me iré a la clínica, pero no vas a salir ni un instante de mi mente, eso lo prometo, mi vida — Comentó, al mismo tiempo que nos dábamos un beso.

Era imposible irme a la oficina y no pensar en José Luis durante todo el camino ¡No podía dejar de sonreír! Sentía cosquillas en todo mi cuerpo, como si me pasaran una pluma sobre la piel y me daba mucho placer estar así. Llegué a la oficina y por más que quise ocultar mi felicidad, todos se dieron cuenta, sobre todo, Enna.

—Natalia, hoy estás muy radiante, me encanta verte así, amiga — Me dijo Enna, con un tono de picardía que me hizo sonreír de manera nerviosa.

—Tú siempre te da cuenta de las cosas, Enna. Tengo muchas cosas que contarte, pero me alegra ver que ya estás mejor — Le dije y rápidamente me la llevé a la oficina mientras la tomaba por el brazo.

—¿Cuál es el misterio amiga? — Me preguntó y sus ojos se cerraron como esperando que la sorprendiera con la noticia.

Le pedí que se sentara y al cerrar la puerta, le coloqué el cerrojo porque no quería que alguien nos interrumpiera. Me senté a su lado y comencé a contarle la maravillosa historia que estaba viviendo con José Luis. Enna estaba asombrada y no hacía ningún comentario, no me preocupaba si me estaba juzgando, solo le comentaba a mi amiga lo feliz que me encontraba y que por primera vez me sentía plenamente feliz. Después de decirle todo a Enna, esperé que me comentara algo y me quedé un poco desconcertada al ver que no decía ni una sola palabra, hasta que se levantó y comenzó a gritar como loca.

—¡Mi amiga tiene novio! ¡Felicidades, Natalia, lo mereces! Tienes mucha suerte

amiga, la vida te está sonriendo y debes aprovechar esa oportunidad. No conozco a José Luis, pero estoy segura de que es el hombre que te va a amar por siempre ¡Ven y dame un abrazo, amiga! — Me dijo y con sus palabras, mis ojos se llenaron de lágrimas por la emoción, pero después, el momento cambió cuando comencé a decirle que no todo el día había sido de color de rosa.

—Gracias, amiga. Aunque me siento muy mal por George. Jamás lo había visto así, estaba fuera de control — Le dije, mientras secaba mis lágrimas por la tristeza de ver a una persona enloquecer de esa manera.

Enna y yo pasamos la tarde en mi oficina, poniéndonos al tanto de mi vida personal. Al igual que yo, ella estaba muy sorprendida por todo lo que había ocurrido con George, para Enna, George no era un buen hombre, pero lo que había hecho conmigo, lo terminó de desterrar de su corazón. No supe de José Luis mientras estuve en la empresa y no quise escribirle o llamarle para no ser invasiva como antes lo fui, esperé que él lo hiciera y mientras eso pasaba, lo mantenía en mis pensamientos recordando cada beso, cada caricia y su manera tan pasional de hacerme el amor.

Cuando ya estábamos a punto de salir de la empresa, Carlos entró en mi oficina y cerró la puerta. Me pareció muy extraño, pero pensé que se trataba de alguna noticia importante.

—¿En qué puedo ayudarte, Carlos? — Le pregunté rápidamente.

—Disculpa que haya entrado así, sin avisar. Pasaba por aquí y quería preguntarte ¿Quieres ir al cine conmigo? — Me preguntó y en sus ojos podía ver ese brillo que sienten las personas cuando están enamoradas.

¿Cuándo se enamoró de mí? Me pregunté, si yo nunca le había insinuado nada, si eran pocas las veces que nos veíamos y cuando eso pasaba era porque teníamos que discutir algunos temas de la empresa.

—¿Al cine, tú y yo? No comprendo tu invitación, Carlos. Discúlpame, pero es

extraño escuchar una invitación de tu parte, si casi nunca hablamos. De hecho, me quedé un poco sorprendida cuando me llamaste esta mañana — Le confesé sin ningún temor a ser juzgada — De todas maneras, no puedo aceptar tu invitación, tengo mis razones. No te vayas a sentir mal, más bien te agradezco que me hayas tomado en cuenta — Le dije, al mismo tiempo que ponía mis manos sobre su hombro y salía de la oficina.

En el pasillo, estaba Enna y me miró con sus ojos que de todo se daban cuenta.

—¿Qué pasó ahí, eh? — Me preguntó con su tono pícaro, ese que presentía que algo estaba ocurriendo.

—Vamos, te cuento en el camino al estacionamiento — Le dije con una sonrisa que traté de ocultar al ver a Carlos pasar a nuestro lado.

Mientras caminábamos, le comentaba a Enna lo que me había ocurrido con Carlos, sobre esa invitación tan alocada para ir al cine, pero ella, ya me había alertado sobre las pretensiones sentimentales de Carlos para conmigo.

—¡Estás rompiendo corazones, Natalia! La vida te está sonriendo en todos los sentidos — Me dijo, Enna y mientras nos reíamos en el estacionamiento, llegó José Luis a buscarme.

—¡Mi vida, que grata sorpresa! — Le dije mientras me abrazaba a él.

Enna no podía dejar de sonreír por la alegría de verme feliz y mientras recordaba que José Luis había sido el médico que la atendió cuando estuvo mal del estómago, Carlos se acercó muy intrigado.

—¡Natalia, ya veo por qué no aceptaste mi invitación al cine! Pero tranquila, no pasa nada. Feliz tarde tengan todos — Nos dijo Carlos y se subió en su coche y como si fuera un cohete, se marchó tan rápido que ni cuenta nos pudimos dar.

—¿Qué fue eso, preciosa? — Me preguntó José Luis y no era para menos, si después de la reacción de George en la mañana, no queríamos otro alocado

momento en nuestras vidas.

—Un equivocado en la vida, mi vida, solo eso — Le respondí, al mismo tiempo que nos despedíamos de Enna y nos íbamos caminando hasta encontrar nuestro coche.

—Ves, te extrañé tanto que aquí me tienes, mi vida, rendido a tus pies — Me dijo, mientras levantaba mi mano para besarla como si en verdad me tratara como a una reina y así me hacía sentir.

—Yo también te extrañé, mi vida. No quise escribirte, pero moría de ganas por hacerlo o de escuchar tu voz ¡Gracias por esta maravillosa sorpresa! — Le dije, al mismo tiempo que buscaba sus labios para besarlos tiernamente.

—¿Qué quieres hacer, preciosa? Porque quiero compartir mucho contigo y tengo que darte una noticia — Me dijo y me dio un escalofrío, como si se tratara de una mala noticia que iba a darme.

—¡Ay, mi vida, me estás asustando! — Le dije y entre cerré los ojos y le hablé muy despacito como si fuera una niña consentida.

—Vamos por un café, ahí te voy a contar todo y sácate esas malas ideas de tu cabecita — Me sonrió y me abrió la puerta de mi coche.

Después que José Luis puso en marcha su coche, lo seguí y en una cuadra estacionamos para ir a un hermoso restaurante. Ahí, le pidió al mesero que nos diera una mesa con vista hacia la montaña y de una vez pedimos los cafés.

—Dime, mi vida ¿Qué es eso que tienes que decirme? — Le pregunté rápidamente para despejar mi intriga.

—El lunes me voy a Francia con Jacqueline, ella es la doctora adjunta al director de la clínica y nos invitaron a participar en un congreso. Serán tan solo cinco días, mi vida — Me dijo, al mismo tiempo que me tomaba de las manos y me miraba fijamente a los ojos.

## Capítulo VIII

Lo primero que se me vino a la mente fue ella, Jacqueline. Quizás fueron los celos de imaginarlo con otra mujer, tenía poco tiempo de conocer a José Luis y aunque sentía que lo amaba, aun tenía presente que una vez me habían sido infiel y dudé por un momento.

—¿Y cómo es Jacqueline, mi vida? — Le pregunté con mucha curiosidad.

—Preciosa, te has dado cuenta de que no me preguntaste nada sobre el congreso, solo te preocupaste por saber de ella, que mal — Me dijo con un tono de decepción en su voz.

—Tienes razón, mi vida. No pude evitar sentir celos, perdóname — Le dije con mucha vergüenza —¿De qué se trata el congreso, mi vida? — Le pregunté, pero aun seguía con la espina de los celos, clavada en mi mente.

José Luis me explicaba sobre el congreso y se podía notar la pasión que le ponía

a su profesión. Mencionaba sobre París y más me complicaba con mis celos, sentía que el calor se apoderaba de mí, pero traté de soportar la emoción de saber que mi novio iba a viajar a una ciudad tan romántica con una doctora en cirugía estética.

Traté de maquillar mi rabia con una sonrisa fingida y unos besos un poco fríos que después de pensar bien, no los quise desperdiciar y preferí olvidar por un rato ese viaje tan inesperado para mi relación. José Luis no dejó de preguntarme si seguía con mis celos, pero en todo momento se lo negaba, no estaba bien que dudara de su amor, aunque estaba segura de que en cualquier momento le volvería a preguntar por ella.

—Vamos, mi vida. Salgamos de aquí y vamos a respirar aire puro. Quiero ver el cielo estrellado esta noche y contigo, sé que van a aparecer muchas de ellas porque se van a sentir celosas ante tu belleza — Me dijo, al mismo tiempo que me tomaba de la mano.

Lo romántico estaba presente, lo que no me parecía justo era que los dos estábamos en coches diferentes y no podíamos tener esa intimidad que se puede dar dentro de uno de ellos, así que le pedí a José Luis que contratáramos el servicio para que llevaran el mío hasta mi casa y nos movilizáramos en el de él y así hicimos.

—Me siento más cómoda así, mi vida — Le dije mientras colocaba mi cabeza sobre su hombro.

Nos fuimos por un largo camino, fuera de la autopista, algo rustico para ser verdad. Jamás pensé que ese sería una ruta alterna, estaba llena de flores que iluminábamos con la luz de los faros del coche. José Luis, permanecía en silencio y yo parecía una niña, asombrada como si estuviera admirando las máquinas en un parque de diversiones.

—¿Cómo conoces de este camino, mi vida? — Le pregunté al ver cómo

esquivaba los huecos de la carretera si ninguna dificultad.

—Ya te voy a responde todas esas preguntas, preciosa, estamos llegando — Me dijo, mientras giraba a su derecha para estacionar.

Apenas me abrió la puerta del coche para que me bajara, me quedé boquiabierta ante la sorpresa que me tenía. Estábamos en medio de un lugar casi mágico porque había un enorme jardín de tulipanes.

—¡Esto es irreal, mi vida! — Grité llena de emoción y enseguida corrí a tocar las flores para palpar la realidad que estaba ante mis ojos — No puedo creer que exista este lugar — Le insistí.

—Ahora, mira el cielo y dime si no es hermoso — Me dijo y levanté mi cabeza para mirar.

—Es majestuoso, el cielo está tan estrellado que no las puedo distinguir, mi vida. Este paisaje jamás lo podre olvidar — Le dije y traté de besarlo, pero José Luis, me detuvo.

—Espera, preciosa, tú eres majestuosa y eres mi novia y te amo — Me dijo, al mismo tiempo que ponía sus dos manos sobre mi rostro y con su pasión, comenzamos a besarnos.

El beso nos llevó a desnudar el alma hasta encontrarnos piel a piel y debajo del cielo estrellado, rodeados de coloridos tulipanes, hicimos el amor sobre una manta de seda. José Luis no dejaba de abrazarme en ningún momento, ni aun después que los dos estábamos cansados pero sedientos de más amor.

—¿Ahora si vas a decirme cómo encontraste este lugar, mi vida? — Le pregunté con ansias de conocer la verdad.

—Me llevó dos días encontrar este lugar, mi vida. Muy poca gente lo conoce, leí sobre esto en una revista de lugares increíbles y así fue cómo llegué hasta aquí. Seguramente tu cabecita alocada estaría pensando que había traído a otra mujer

aquí ¿Verdad? — Me dijo y con su pregunta, me hizo sentir bastante incómoda porque realmente sí lo había pensado.

—No es eso, mi vida, solo que yo jamás pensé que podíamos encontrar un lugar así tan cerca de nosotros — Le respondí sin que se notara lo que en verdad mi mente había pensado.

José Luis sonrió y con eso, me di cuenta de que no había creído nada de lo que le había dicho, pero traté de desviar el tema para que no se dañara el momento. En ese lecho, nos quedamos hasta la madrugada, desnudos y sin que el frío de la noche nos perturbara porque el calor de nuestros cuerpos nos daba la seguridad para mantenernos al descubierto. Cuando nos llegó el momento de levantarnos, nos vestimos y entre cada pieza de ropa nos dábamos un beso de recompensa. Ese era una manera de seguir conectados con nuestro amor, compartiendo, sonriendo, dejando escapar ese niño interno para lograr ser felices.

Cuando nos regresábamos, sentía mis sentimientos agitados por la manera en que José Luis se entregaba a ese viaje. Se le veía tan entusiasmado que recordaba que también se iba con esa otra doctora y todo se me ponía gris.

—¿Qué paso, preciosa? No me gusta cuando estás muy callada — Me preguntó.

Rápidamente lo miré y traté de convertir mi incomodidad en una sonrisa, pero ya era muy obvio y tuve que decirle la verdad.

—Sé que no te gusta, mi vida, pero no dejo de pensar en que no te vas solo a ese congreso — Le respondí con mucha sinceridad.

—No tienes nada de qué preocuparte, preciosa. Sé que te cuesta un poco confiar, mírame, yo te amo, no soy ni seré nunca como él — Me dijo, refiriéndose a George.

Yo, le creía, su manera de ser conmigo me hacía feliz y sabía que su trato hacia mí era muy diferente al que tenía con las demás y después de lo que habíamos

vivido en aquel jardín de tulipanes, no me quedaba duda de que estaba tan enamorado de mí, como yo de él.

—Gracias por darme esa seguridad que tanto necesitaba, mi vida. Sí, quiero que sepas, que sí confío en ti y en tus manos pongo todos mis miedos ¡Ve qué haces con ellos! — Le dije y con una sonrisa, me salió una broma que me quitó el descontento.

Después de una hora, quizás un poco más, llegamos a mi casa y pude ver mi coche estacionado. Nos bajamos y tomé las llaves que habían dejado sobre el parabrisas, en eso me di cuenta de que prestaban un gran servicio. José Luis quería entrar, pero yo tenía mucho sueño y en verdad necesitaba descansar, no quería llegar tarde nuevamente a la oficina, nunca había sido tan irresponsable.

—Quiero entrar contigo y dormir a tu lado, mi vida, pero tienes que descansar — Me dijo, al mismo tiempo que me llevaba abrazada hasta la puerta de la casa.

—¡Tenemos! — Le respondí — Tenemos que descansar, mi vida porque mañana tienes guardia — Le dije para que se diera cuenta que merecía dormir — Hoy ha sido un día maravilloso, así como tú lo eres, José Luis — Le dije y mientras le agradecía por la sorpresa, me rodeo la cintura con sus brazos y comenzó a besarme, tan apasionadamente que por un momento dudé de pedirle que se quedara, pero me contuve y dejé que se marchara.

Apenas entré a mi habitación, me duché y el sueño se estaba apoderando de mí. Vi que habían pasado algunos minutos y tomé el móvil para leer un mensaje que me había llegado en el que José Luis me avisaba que ya estaba en su casa y todo lo que iba a hacer antes de acostarse. Me despedí con otro mensaje muy tierno y me dispuse en mi cama a dormir, de repente, pensé en la suerte de George con la policía y sentí curiosidad por saber de él, pero era tanto el agotamiento físico, que me quedé dormida. En la mañana siguiente, desperté con el mismo pesar y me levanté aun más temprano y quise pasar por la policía para

saber de él.

—Buenos días, señor agente, quiero saber de un detenido ¿George Palacios, se encuentra aquí? — Pregunté en la recepción de la delegación.

—Buenos días, permítame buscar en el registro. Un momento, por favor — Me respondió y comenzó a hurgar en su computador — Efectivamente, señorita. Al señor se le va a trasladar a la cárcel del condado. Tiene una denuncia por varios cargos y no creo que le vaya muy bien — Me dijo y mis ojos se llenaron de tristeza.

Ya no amaba a George y tampoco le guardaba rencor por lo que me hizo con Camila, eso lo había dejado atrás, más bien me dolía verlo en esa condición, aunque se mereciera su castigo. Sabía que las cosas en la cárcel iban a ser muy diferente que estando detrás de las rejas en la delegación. Pregunté si se podía hacer algo para que él saliera absuelto de todo y me respondieron que sí y que la única manera era que la persona que lo denunció, retirar los cargos contra él.

—Yo formulé la denuncia, señor oficial. Quiero retirar los cargos, pero antes, me gustaría hablar con él ¿Eso, se puede? — Le pregunté, esperando que el oficial colaborara conmigo.

—Venga conmigo — Me dijo el oficial e inmediatamente lo seguí.

Pasamos por varias puertas y al entrar por un largo pasillo, me di cuenta de la decadencia del lugar, había una celda de lado y lado y cada una de ella era tan pequeña que no estaba segura de que se tratara de una jaula para humanos, pero al ver a George parado dentro de una de ellas, me di cuenta de que estaba en lo cierto. Al verme, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y a mí me pasó igual. No era por sentimiento afectivo, solo fue caridad.

—Perdóname Natalia, no quise llegar a hacerte daño. El estar aquí me ha enseñado muchas cosas. Me van a trasladar y quien sabe lo que me pase en aquel lugar, pero lo que sea, lo he merecido. Quiero pedirte que seas feliz, yo en algún

momento lo voy a ser y te recordaré como la mujer que más me amó en la vida y a la que deje ir de mi lado por bobo — Me confesó delante del agente.

—Está bien, George. Una vez más te perdono, pero ya no habrá próxima vez entre nosotros porque pienso retirar los cargos en este momento, pero no quiero que vayas a confundir nada, esto lo hago porque no mereces que te traten como un delincuente, aunque sí, me hiciste daño — Le dije y traté de que entendiera que merecía ser feliz.

Después de que le dictaron libertad plena, me despedí de él y me fui tranquilamente a mi oficina. Logré llegar temprano, a pesar de mi desvío y cuando entré a mi oficina, me estaba esperando un enorme ramo de tulipanes y en la tarjeta, un mensaje que figurativamente me hizo derretir:

*Amada Natalia,*

*Quiero llevarte a tu oficina, este pequeño jardín de tulipanes para que pases el día recordando nuestra noche bajo el cielo estrellado.*

*Te amo,*

*José Luis.*

Al leer la nota, sentí que me derretía de amor, como una mantequilla fuera del refrigerador. En ese momento, entró Enna y quedó maravillada con el obsequio. La muy extrovertida, me quitó la tarjeta y al leer su contenido, comenzó a burlarse de una manera pícaro conmigo.

—¡Traes a ese hombre comiendo de la palma de tu mano! — Me dijo, refiriéndose al encuentro del que mencionaba José Luis.

—Sí amiga y me siento muy afortunada de haber encontrado a un hombre como él. Esta mañana fui a retirar los cargos, ya salió en libertad — Le conté y Enna me dio la razón, había hecho bien — ¿Crees que deba decirle la verdad a José Luis, de eso que acababa de hacer? — Le pregunté, tratando de que su consejo

fuera el más acertado.

—Si fuera yo, no le diría nada a José porque ya lo conozco muy bien. En cambio, tú, estas iniciando una relación con José Luis, comienza con la verdad, eso siempre va a ser lo mejor Natalia — Me dijo y me di cuenta de que ella tenía razón.

Después de algunos minutos, le pedí a Enna que me dejara porque necesitaba trabajar y ella lo comprendió perfectamente. Tomé el teléfono de mi escritorio y le marqué a José Luis, pero la asistente me informó que él estaba en el consultorio de la doctora Jacqueline. Cerré los ojos y traté de no pensar en lo que pudiera estar ocurriendo entre él y ella.

Me calmé y saqué el móvil de mi bolsa, con toda tranquilidad para marcarle a José Luis y al oír que él me respondió muy rápido, corroboré que él no me había mentado.

—Gracias por la flores, mi vida ¡Eres un príncipe! Te voy a consentir mucho cuando nos veamos. Sé que estás ocupado, solo te marqué para decirte eso, te amo mi vida — Le dije y cuando me disponía a cortar la llamada, José Luis gritó.

—¡Espera, Natalia! No te despidas así, preciosa — Me dijo con mucha ternura —Estoy reunido con Jacqueline hablando un poco de la organización del viaje y todo va bien. Me contenta que te hayan gustado las flores, espero que te traigan recuerdos todo el día — Me dijo con una sonrisa que transmitía emoción.

—Gracias una vez más, mi vida. Más tarde nos vemos y me cuentas cómo te fue con ella. Te amo — Le dije y rápidamente corté la llamada para no ser imprudente.

No sabía cómo iba a reaccionar José Luis cuando le comentara sobre George, si él fue que me lo quitó de encima cuando me estaba asfixiando, pero apelaba a su buen juicio humanitario para que no viera mal mi actitud.

La mañana en la oficina fue estresante, ese día se complicó la red de internet y todos los archivos se habían quedado en la nube de internet. Estábamos todos a punto de colapsar porque no podían salir facturas ni nada. Se escuchaban los gritos hasta en mi oficina, a pesar de que tenía la puerta cerrada. Unos horas más tarde, logramos resolver con la compañía de servicios y todo volvió a la normalidad casi al final de la jornada por lo que muchos, decidieron quedarse un poco más de la jornada laboral. Con tantas cosas, no le había prestado atención a mi móvil y al revisar, me di cuenta de las llamadas perdidas y los mensajes de voz que me había dejado mi amado José Luis.

## **Capítulo IX**

Me sentía muy cansada y comencé a bostezar. Entre tanto trabajo no me había dado cuenta de que no había almorzado, me había descuidado a mí y a mi amado José Luis. Le marqué inmediatamente y no me respondió, hasta que tocaron la puerta de mi oficina y era él, como siempre con sus acertadas sorpresas.

—¡Mi vida, qué alegría verte! — Le dije, al mismo tiempo que me abrazaba a su cuello y lo besaba como si fueran días los que tenía sin verlo.

—No sabía nada ti y al ver la hora, me imaginé que estaña full de trabajo y aquí estoy, preciosa ¿No has comido nada, verdad? — Me preguntó y le hice señas con mi cabeza de que no lo había hecho —¡Lo sabía! Por eso, tu príncipe, te ha traído sushi — Gritó, al mismo tiempo que levantaba sus manos con el paquete.

—¡Eres lo máximo, mi vida! Me leíste el pensamiento, eso quería comer, pero pasa, no te quedes ahí parado mi vida. Hoy ha sido un día agotador — Le dije mientras arreglaba la mesa que estaba al lado de mi escritorio apara que nos sentáramos a comer —Javier, se llevó a Enna hace un rato, ella tampoco había comido nada, de haber sabido que ibas a traer tanta comida, les hubiera pedido que se quedaran, mi vida — Le mencioné al mismo tiempo que metía cada bocado en mi boca.

A pesar de lo improvisado, José Luis hacía que todo fuera mágico. Era tanta su ocurrencia que parecía artista en vez de doctor y con eso me tenía atrapada en su red de amor. Esa noche, nos fuimos hasta su casa, me dejé convencer por él y sus ganas de consentirme, también quería aprovechar el tiempo a su lado antes que partiera a su viaje. Apenas entré a su casa, me di cuenta de su buen gusto en la decoración y lo mejor, es que en la habitación también tenía unos hermosos tulipanes y al acercarme, pude leer la nota:

*El jardín de tulipanes, siempre te acompañará y ese será nuestro lugar predilecto.*

—¡Ay, mi vida! No sabes lo feliz y enamorada que me tienes, no cambies nunca, mi vida, te amo — Le dije mientras corría para alcanzarlo en el baño.

Cuando fui al baño, José Luis estaba preparando el jacuzzi con unos aceites y al encenderlo, las burbujas de la espuma comenzaron a saludarnos, como si nos invitaran a entrar.

—Si tú eres feliz, yo también lo soy preciosa. Ponte cómoda, ahí tengo algunas batas de baño, ya regreso — Me dijo mientras me señalaba el lugar donde estaba

toda la lencería,

Tomé una bata y me cubrí después de haberme quitado toda la ropa y mientras ataba una cola en mi pelo, José Luis se acercó y muy junto a mi espalda comenzó a besar mi cuello. Sentí muchas sensaciones y enseguida me volteé a mirarlo, Estaba frente a mí, con otra bata de baño, un par de copas que, al mirar las burbujas, me di cuenta de que era una deliciosa champagne. Me dio a probar un poco y luego colocó las copas muy cerca del jacuzzi y en ese momento, comenzó mi momento de relajación.

—Quiero que se te quiten todas las preocupaciones del día — Me decía José Luis, al mismo tiempo que besaba todo mi cuerpo mientras poco a poco me quitaba la bata de baño.

Yo, solo me dejé llevar, nunca había experimentado los momentos que había tenido con José Luis, para mí, era algo único que, sin duda, estaba haciendo que mi mente se pusiera a volar. Nos quitamos las batas y completamente desnudos, nos sumergimos en la cálida agua burbujeante y ahí, mientras nos besábamos, nuestros cuerpos se unían en uno solo para dar más riendas sueltas a nuestro amor, como si se tratara de un caballo desbocado. No tenía palabras para describir el momento, solo sentía que con José Luis hacía el amor desde la primera vez y no era solo sexo. Había logrado anclarme de su corazón al mío y con cada día que pasaba, me sentía aun más enamorada de mi adorado doctor.

El fin de semana había llegado muy rápido y José Luis ya se preparaba para irse el lunes al aeropuerto muy temprano. Yo, me quedé con él ese domingo y quise acompañarlo para despedirnos ante que abordara el avión y dentro de todo, también quería conocer a la doctora francesa de Jacqueline.

Cuando llegamos, José Luis bajó su equipaje y de ahí nos trasladaron en un coche especial hasta el jet privado de la clínica y en ese instante, también estaba llegando la doctora. Jacqueline, era una hermosa mujer, con muchos años, pero

que se veía muy guapa y había resultado ser una mujer muy agradable durante el poco tiempo que compartí con ella mientras organizaban todo dentro. Unos minutos después, nos despedimos y sentí un gran nudo en la garganta, como si por algún motivo no lo iba a volver a ver.

Llegué a mi casa y me cambié rápidamente para ir a la oficina, me tomé una taza de café y tomé mis llaves del coche, pero apenas estaba subiéndome cuando recibo la llamada de Javier ¿Qué extraño, que hará Javier llamando a esta hora? Me pregunté asombrada y luego contesté.

—Hola Javier ¿Está todo bien? lo preguntó porque me extraña un poco tu llamada, si nunca lo haces ni para saludar — Le dije a manera de broma, pero mi sonrisa y mi tono de voz cambió al conocer el motivo de la llamada.

—Estoy con Enna en la clínica, desde esta madrugada, Natalia, ya le avisé a su familia — Me dio sollozando.

—¿Pero, por qué? No comprendo lo que pasó ¿Cómo está ella? — Pregunté muy preocupada.

—Comenzó a vomitar y pensamos que se trataba de la pizza que nos habíamos comido, pero en la madrugada, se levanto a escupir y lo que botaba era sangre. Tratamos de ubicarte para que le avisaras a José Luis, como él es médico, nos podía indicar qué hacer, pero en vista que no atendiste, la traje hasta aquí y aun no me dicen nada, solo que hasta ahora es un pronóstico reservado — Me decía y me sentí muy mal por mi amiga,

—Tranquilízate, Javier, ella es fuerte y va a salir de esto, confía en ella, por favor. Voy a la clínica, nos vemos en un momento — Le dije, tratando que se sintiera más tranquilo.

Después de hablar con Javier, sentí un gran temor por la vida de Enna, algo me decía que estaba corriendo peligro. Comencé a pensar en José Luis, en la falta que me hacía para que estuviera a mi lado, justo en el momento en el que más

falta me hacía. Después de recorrer la clínica para estacionar, me di cuenta de que no había espacio y tuve que estacionar dos cuadras más arriba y luego caminé apurada hasta para alcanzar a ver a Enna,

—Javier, llegué lo más rápido que pude ¿Qué te han dicho, cómo está ella? — Le pregunté y Javier me abrazó muy fuerte, al mismo tiempo que podía sentir que secaba sus lágrimas.

Los dos nos sentamos a esperar hasta que dos horas después uno de los doctores, después de saludarme, se acercó y nos comentó lo que le estaba afectando a mi amiga. Al escuchar el diagnóstico, si saber mucho de medicina, era evidente que Enna no estaba bien y al médico decir que no había nada que hacer, se podía esperar lo peor. Javier y yo nos miramos a la cara y nos abrazamos y juntos comenzamos a llorar, mientras el doctor nos dio una palmada sobre mi hombro y se retiró de la sala de espera.

—No podía creer que mi amiga se haya envenenado por equivocación y que eso le haya costado la vida. Me siento muy mal, Javier. No puedo imaginar cómo estás tú — Le dije mientras nos abrazábamos.

Javier comenzó a llorar desconsoladamente y tuve que levantarme para buscarle un té. Cuando logré que se estabilizara un poco, vimos que estaban entrando los padres de Enna. Me levanté rápidamente del asiento y me llevé las manos al pecho, no quería ser yo la que les diera esa tan terrible noticia, pero miré a Javier y me hizo un gesto que me indicaba que él no podía hacerlo y sus ojos, me pedían a gritos que les diera la mala nueva.

La señora Aida estaba muy exaltada y el señor Julián, bastante nervioso se nos acercó e inmediatamente nos pidió que le diéramos información sobre su hija. Les pedí que esperaran mientras buscaba al doctor y que fuera él que les explicara toda la parte médica para que ellos pudieran comprender, aunque una noticia como esa, no podía ser comprendida de ninguna manera y más si se trata

de sus padres.

El doctor se acercó y les explicó, pero con más detalle a los padres de Enna y la señora Aida se derrumbó literalmente al piso. La situación se volvió un caos y yo pensaba en José Luis, en la falta que me hacía y el inoportuno momento en el que se había ido a ese congreso. Unas horas después, llamó José Luis y sentí que al escuchar su voz me devolvía un poco la tranquilidad.

—Mi vida, no sabes todo lo que está sucediendo. Enna, está muriendo aquí en la clínica — Le dije inmediatamente que le contesté.

—¡No puede ser! ¿Pero qué pasó, mi vida? — Me preguntó algo sorprendido.

En ese instante, me senté en uno de los extremos de la sala de espera para que no me vieran llorar ni Javier ni los padres de Enna y aproveché el momento para contarle cómo estaba la situación y cómo sucedió la desgracia de Enna. José Luis trataba de calmarme y me pidió el nombre del médico que la estaba atendiendo para conversar y conocer bien el diagnóstico. Le di todos los datos y corté la llamada para esperar la suya nuevamente y así saber qué pensaba sobre el caso de Enna. Después de un rato, José Luis me llamó y sus palabras no fueron muy alentadoras.

—Quisiera estar allá contigo, mi vida. Sé lo importante que es Enna para ti y te debe doler mucho su situación. El doctor Bazán me dijo que solo le quedan algunos días y van a tratar de revertir el daño que causó el veneno, pero no todo puede salir bien, su organismo se está deteriorando — Me comentó José Luis.

Me llevé las manos sobre mi boca, para no gritar por lo que estaba escuchando, pero Javier se dio cuenta que algo sucedía y se acercó a mí.

—¿Pasa algo más con Enna? Por favor, no me ocultes nada, Natalia. Sé que estás hablando con José Luis — Me suplicó Javier y en ese momento, no supe qué hacer.

—Cuéntale tú, mi vida. Yo no tengo más tiempo, ya tengo que entrar al congreso, vamos a comenzar — Me dijo José Luis y se despidió rápidamente.

Después de terminar la llamada, me senté con Javier y le comenté todo lo que había hablado con José Luis, sin omitir nada. A pesar de que Javier se sentía decepcionado por la vida, también era cierto que después de asimilar la noticia, ya se estaba resignado a la idea que Enna iba a morir pronto.

De uno en uno, fueron pasando a la sala de cuidados intensivos donde estaba Enna, yo no quise entrar de pronto, decidí ir a la oficina y avisar a todos en la empresa. No iba a abandonar a mi amiga y quería pasar lo que le quedara de vida a su lado. Cuando llegué a la empresa, los convoqué a todos a una reunión urgente y en pocos minutos le di la terrible noticia que les hizo cambiar su día por tanta tristeza. Dejé encargado a Carlos, le pedí que me siguiera hasta mi oficina y estando ahí, le di algunos lineamientos que tenía que seguir y me puse a la orden a través del móvil para cualquier cosa que tenga que ver con la empresa.

—Sabes que puedes contar conmigo, Natalia. Yo por ti haría lo que fuera y aprecio mucho a Enna. Apenas pueda, me acerco a la clínica para estar con ella y sus familiares — Me dijo sin dejar de desaprovechar la oportunidad para hacerse llamar mi atención.

—Te lo agradezco mucho, Carlos. Ahora más que nunca, todos los que queremos a Enna debemos estar con ella en sus últimos días.

Me regresé a la clínica y aun estaban los padres de Enna y Javier, desconsolados, sus ojos hinchados denotaban mucho dolor. Me acerqué a la sala de cuidados intensivos y a través del cristal de la ventana, la pude ver. Estaba entubada, rodeada de mangueras y conectada a varias máquinas que estaban alargando su vida de alguna manera. Me coloqué la ropa quirúrgica y tapa boca por lo delicado del ambiente y entré. Ella estaba con sus ojos cerrados, inerte y sentí

muchas ganas de llorar. Aparté parte de su cabello que le tocaba la frente y le tomé su mano.

—Enna, amiga, aquí estoy. Sé que no me puedes escuchar, pero quiero decirte que eres como la hermana que mis padres no me dieron. Eres muy importante para mí y quiero que luches por seguir con nosotros — Le decía a Enna, pero ella, no se movía, no me daba ninguna señal de vida y sin poder aguantar mucho tiempo de verla así, salí de la habitación sollozando.

No pude permanecer mucho tiempo ahí, me dolía mucho saber que iba a perder a alguien tan cercano a mí. Me senté al lado de Javier y estábamos tan tristes que ninguno emitió alguna palabra. Yo saqué mi móvil, pensando que iba a tener alguna llamada o mensaje de José Luis, pero no fue así y tampoco llamó en toda la noche y eso me hizo sentir muy abandonada sentimentalmente. Decidí quedarme con Javier en la clínica por si se presentara algo con mi amiga y le pedimos a sus padres que se fueran a descansar. Cuando ellos estaban saliendo, llegó Carlos y muy gentilmente, se ofreció a llevarnos a comer en uno de los restaurantes cercanos. Javier no quería ir y aunque yo tampoco tenía nada de apetito, era necesario comer algo para tener fuerzas, los días que nos venían no iban a ser fáciles, así que los tres nos fuimos a comer.

—Muchas gracias por venir, Carlos. De verdad que no me hubiera interesado en comer si no es porque me lo proponen y me imagino que Javier está igual que yo — Le dije a Carlos.

—Sí, es cierto. Yo también tengo que agradecer tu gesto, eres un buen amigo — Le dijo Javier aun secando sus lágrimas.

—No me agradezcan, lo hice por Enna y por ustedes — Nos dijo y sonrió al mismo tiempo que le ponía su mano sobre el hombro de Javier.

Compartimos un rato, mientras hablamos de todas las anécdotas que habíamos vivido al lado de Enna y la conocimos desde otra visión a través de lo que Javier

había vivido a su lado. Cuando regresamos a la clínica, Carlos se acercó a la sala de cuidados intensivos, pero nos confesó que no tuvo el valor para entrar y verla de cerca, sintió mucha tristeza. Después de unos minutos, Carlos se retiró de la clínica y Javier y yo nos quedamos sentados en la sala de espera, angustiados por recibir la mala noticia en cualquier momento. Él, se quedó dormido en una de las sillas y yo, le envié varios mensajes a José Luis, pero nunca me llegaba la notificación indicando que los había recibido. Así pase toda la noche, entre la preocupación por Enna y la falta de comunicación con José Luis. Hasta que, en la mañana, él se había dignado a llamarme.

—Hola preciosa ¿Cómo está Enna? — Me preguntó como si no le importara que yo haya estado preocupada por la vida de mi amiga.

—Ella sigue igual, lo que me extraña es que anoche no me hayas llamado ni respondido a los mensajes que te envié, José Luis — Le dije muy molesta por su falta de comunicación.

—No sabía que te ibas a molestar, preciosa. Siempre estuve pendiente, pero soy de esos hombres que cuando siento impotencia por no poder estar cerca, prefiero no molestar e incomodar con preguntas y más aun después de la última llamada que tuvimos. Quiero estar allá contigo, preciosa — Me dijo y sus palabras hicieron que lo que estaba pensando no tuviera razón.

—Tienes razón, mi vida, yo también suelo reaccionar de esa manera cuando me ha pasado una situación similar. Te pido disculpa por si llegué a pensar mal, pero es que me haces mucha falta, mi vida — Le dije a José Luis mientras comprendía su argumento.

## Capítulo X

Nos hablábamos amorosamente y cada segundo, nos decíamos que nos hacíamos falta. El amor que habíamos construido José Luis y yo en tan poco tiempo, era muy fuerte y estaba segura de que íbamos a consolidar una bonita unión en algún momento.

—¡Natalia, ven, el doctor quiere hablar con nosotros! — Me gritó Javier desde la recepción, al mismo tiempo que me hacía señas para que me acercara rápidamente.

—Tengo que dejarte mi vida, algo sucede con Enna, el doctor nos está llamando. No olvides que te amo, te extraño y me haces mucha falta, mi vida — Le iba diciendo a José Luis, mientras caminaba a encontrarme con Javier y el doctor.

—Ve, mi vida, yo también te extraño mucho y pronto estaré contigo. No voy a dejarte sola con todo ese dolor, te amo — Me dijo y corté la llamada para integrarme a la conversación que tenía Javier con el doctor.

—¿Qué sucede, doctor? — Le pregunté al ver a Javier llorando.

—Natalia, ya los signos vitales de Enna, se están apagando. Debemos desconectarla de las máquinas y requiero la aprobación de sus familiares — Nos dijo el doctor sin ningún rodeo.

Me puse las manos sobre mi pecho porque sentí un gran dolor que me dejaba un vacío. Me senté de golpe, la noticia era inesperada para mí porque en principio le

daba algunos días de vida y tan solo habían pasado horas. Javier y yo nos miramos porque a pesar de que él era su novio y yo su mejor amiga, era una decisión que solo podían tomar sus padres y justo en ese momento, ellos estaban entrando por el pasillo y cuando se acercaron con nosotros, el doctor, con mucho tacto en sus palabras, les hizo saber lo que era necesario.

Los padres de mi amiga, después de escuchar los basamentos médicos, terminaron por aceptar y tomaron la terrible decisión que nos rompió el corazón a todos los que amamos a Enna. Mientras nos despedíamos de mi amiga, las enfermeras iban retirando una a una esas mangueras y cada conector que la mantenía con vida a través de las máquinas. Todos en la fría habitación llorábamos sin cesar y aunque les pedí que hiciéramos ese momento menos doloroso, a pesar de que no podía negar que tenía mucho dolor. No pasó mucho tiempo, cuando Enna, nos abandonó en este mundo y estaba segura de que ella se iba a convertir en un ángel que desde ese momento cuidaría nuestros pasos.

Pasamos unas horas más en la clínica, al menos Javier y yo, arreglando algunos documentos necesarios para poder retirar el cuerpo de Enna y darle una sepultura como ella lo merecía. Al día siguiente, todos los trabajadores de la empresa, sus amigos y familiares, estuvimos acompañándola, dándole esa despedida, ese último adiós que me partía el alma. Carlos, estuvo a mi lado durante esa mañana, no se separó de í ni un segundo y valoré mucho su lealtad. José Luis me hacía mucha falta y hubiera dado todo porque en lugar de Carlos, fuera él que estuviera a mi lado, pero mi deseo se hizo realidad y cuando volteé hacia la capilla, José Luis se estaba bajando de su coche. Salí corriendo, sin importar que estuviera lloviendo y que le hubiera dejado el paraguas a Carlos.

—¡Mi vida, gracias por estar aquí! — Le grité, al mismo tiempo que no podía dejar de abrazarlo y llorar al mismo tiempo.

—No podía dejar de estar aquí, contigo. Sé que debes estar sufriendo mucho y prefería abandonar el congreso para verte y demostrarte cuánto te amo. Yo sería

capaz de irme a otro planeta si es necesario, pero por ti soy capaz de todo porque estés tranquila y feliz, aunque no sea el caso ¡Aquí estoy, preciosa! — Me dijo mientras no dejaba de abrazarme.

José Luis y yo nos acercamos a donde estaban enterrando a Enna y abrazó a Javier y les expresó sus condolencias a los padres de mi amiga. Todo estaba lleno de dolor y con la lluvia, se confundían las lágrimas de los dolientes. Al terminar la misa, José Luis y yo nos fuimos hasta mi casa y ahí hizo que me bebiera un sedante que me puso a dormir toda la noche. Cuando desperté, José Luis ya no estaba, pero al lado de mi cama había dejado una nota que me devolvió la alegría que había perdido:

*Esta noche, quiero llevarte a ese lugar mágico, ahí volverás a recuperar esa sonrisa que me mantiene enamorado.*

*Tuyo,*

*José Luis.*

Sonreí al leer y no pude ocultar mi emoción. Giré mi cabeza para buscar mi móvil y en la mesa de noche, había otra sorpresa de mi amado José Luis. Me había dejado un delicioso desayuno, junto con un hermoso tulipán. No podía pedir más ¡José Luis, era un príncipe! De esos hombres que ya no existen, de esos que hace la vida con moldes que no se vuelven a fabricar y lo mejor de todo es que era mi novio.

Después del desayuno, me recosté un rato y comencé a llorar por Enna, pero luego pensé en que esa no era la mejor manera de recordarla y pensé en cada momento que juntas pasamos y sonreí. Así la quería tener siempre en mi mente y mientras pensaba en mi amiga, me volví a quedar dormida como una secuela del sedante que me había tomado. Cuando desperté, ya era la hora que había acordado con José Luis para ir a nuestro jardín de tulipanes. Me levanté un poco dormitada, pero, aun así, me coloqué un vestido azul para que resaltara dentro de

tanto rojo y amarillo de los tulipanes y esperé a mi príncipe, sentada en el balcón de mi habitación. Apenas lo vi llegar en su coche, no esperé que me avisara para salir, lo hice inmediatamente.

—Estaba desesperada porque vinieras a buscarme, mi vida — Le dije, al mismo tiempo que me subía en su coche y lo saludaba con un beso.

—Yo también estaba apurado por terminar unos pendientes en la clínica, pero ya estamos juntos, preciosa ¿Te parece si vamos a comer? — Me dijo después de mirar el reloj, como si estuviera calculando el tiempo.

Entramos al restaurante que estaba dos cuadras antes de tomar el camino y no pude evitar pedir una fría sangría porque después de tanto dormir, sentía la garganta muy seca y el agua sola, no me calmaba la sed. José Luis, ordenó mi ensalada favorita y solo eso quise comer. Él al ver que de pronto me veía cabizbaja, hacía bromas y por un momento podía olvidar el dolor de haber perdido a mi amiga Enna.

—Ya es hora de irnos, preciosa. Una larga noche nos espera — Me dijo y sonrió.

Me sentía agradecida con la vida porque era muy difícil superar tantas cosas en muy poco tiempo y yo había logrado sacar fortaleza para asumir cada error y, sobre todo, me había dado la fuerza para continuar y lograr todo lo que yo un día desee. El camino se nos hizo muy corto, bien sea por las ganas enormes de estar en ese hermoso lugar o por querer compartir con José Luis. Una vez más, había quedado sorprendida al ver que, en medio del jardín, estaba dispuesta una mesa vestida con un mantel blanco que daba hasta el suelo como si se tratase de un vestido de novia con una larga cola que se dejaba ver antes de entrar a la iglesia.

Había también dos asientos, dorados, como dos joyas de alta gama que resaltaban y a la vez contrastaban con el color de la arena. Champagne, frutas, velas, las flores del jardín y el oscuro cielo estrellado como el manto que nos cobijaba y cubría nuestro amor con bendiciones. Se sentía magia en el lugar,

pero esa noche había algo de misterio que la hacía aun más especial y con todo eso, estábamos José Luis y yo, preparados para ser protagonistas de la historia de dos enamorados en el jardín de tulipanes.

—Mi vida ¿Por qué la mesa, si acabamos de cenar? — Le pregunté con mucha curiosidad y José Luis no tuvo reparos en responder.

—Lo que pasa es que hoy es una noche muy especial, mi vida. Me he dado cuenta en tan poco tiempo que la vida y mi madre tenían razón, cuando me habló sobre esa mujer ideal y mi mujer ideal, eres tú y no quiero dejarte ir — Me dijo, mientras llenaba las dos copas con champagne.

Yo, solo podía sonreír y reconocí al momento que tenía los nervios encendidos, pero a su vez, me sentía muy feliz, como una mezcla de sentimientos que se tiene cuando algo bonito nos va a ocurrir en la vida. Después de un par de brindis, José Luis me toma de la mano y me lleva a caminar por entre las flores. El aroma a tulipanes era increíble y la suave brisa movía sus pétalos haciendo que algunos de ellos volaran sobre nosotros.

—Aquí, rodeados de tanta belleza y con el cielo estrellado como testigo, quiero pedirte algo — Me dijo, al mismo tiempo que ponía una de sus rodillas sobre la arena y sacaba una cajita de su bolsillo —Quiero pedirte, en nombre del amor que ambos nos tenemos, que sea mi esposa ¿Natalia, quieres casarte conmigo? — Me preguntó y no podía salir de mi asombro.

Comencé a darle golpes a José Luis y le pedía que se levantara, esa fue mi tonta reacción ante la petición y propuesta de mi amado. Él, se reía al ver que yo actuaba como loca, pero fueron pocos los minutos, hasta que logré entrar en razón y lo abracé y nos besamos con mi respuesta tan esperada.

—Sí, mi vida, quiero ser tu esposa, para siempre — Le dije y como si ese maravilloso lugar nos perteneciera, lo hicimos una vez más tan nuestro que hicimos el amor en medio del jardín.

Quedamos exhaustos de placer, José Luis me pedía que mirara hacia el cielo y que entre las estrellas, seguramente Enna nos estaría viendo y dándonos su bendición. De pronto, una suave lluvia apareció y comenzó a caer como un rocío sobre el jardín y mojó nuestros cuerpos y eso de alguna manera lo interpretamos como una bendición de Dios. Esa noche, no quería que terminara, jamás imaginé que se podía ser tan feliz y que después de haber vivido tantos años, al lado de un hombre que decía amarme, nunca me había sentido más amada con ahora y en tan solo días.

Con José Luis, no había crítica, ni de mi parte ni de la suya, yo no tenía que fingir ser otra persona para sentirme aceptada y no tenía que esperar y rogar por amor porque con él, me sobraba. Lo tenía todo a su lado y no podía esperar hasta el día de mi boda para ver concretada nuestra historia de amor.

El jardín de los tulipanes, como cariñosamente le decíamos a nuestro lugar secreto, se convirtió en un escape dónde podíamos gozar de nuestro amor rodeados de la majestuosidad de las flores y del cielo estrellado que cada noche nos acompañaba como fiel espectador.

Días después, comenzamos a planificar la boda, sencilla, pero con todos nuestros deseos materializados ¡Cómo me hubiera encantado que Enna viviera esta aventura conmigo! Pensaba y me conmovía al imaginarla a mi lado, sabía que espiritualmente me acompañaba y eso me daba fuerzas para hacer de ese día, algo tan mágico como el jardín secreto.

En esos días, de tanto estrés, reunimos nuestras familias y ahí en una gran fiesta, todos nos conocimos y como si hubiéramos compartido por mucho tiempo, nos dimos cuenta de que íbamos a formar una gran familia. No podía ser tan perfecta mi vida y no había cabida para el caos que en principio viví y mientras bebíamos unos tragos, sentí que el mundo me daba vueltas y sin decir palabra alguna, caí tendida al piso sobre los pies de José Luis.

Todos salieron a auxiliarme, pero José Luis les pidió espacio para que me dejaran respirar mientras él me revisaba mis signos vitales. A comprobar que respiraba y que mis latidos estaban presentes, Jorge Luis me levantó entre sus brazos y me llevó hasta el sofá que estaba en la sala de casa de sus padres. Inmediatamente le trajeron su portafolio y de ahí, sacó el estetoscopio y comenzó a evaluarme, pero yo no volvía en mi consciencia.

—¡Un vaso con agua, por favor y algodón con alcohol, pero rápido! — Les gritó José Luis y la señora María, que era la que ayudaba con las labores de la casa, trajo todo en una bandeja y la dispuso en la mesa al lado del sofá.

Un par de minutos, comencé a abrir los ojos y todos gritaban por la emoción, pero mi pulso seguía muy débil y José Luis prefirió llevarme a la clínica y ahí, hacerme unos análisis para descartar cualquier enfermedad. Nos subimos en su coche y él iba manejando, tan nervioso que no emitía otras palabras que no fueran preguntar si yo estaba bien. En cambio, yo, me sentía aturdida y con un asco estomacal que me producía hasta el humo de los coches al pasar.

—Tal vez fue el licor, mi vida. Tengo muchas náusea y me siento muy mareada — Le repetía a José Luis, una y otra vez.

—Me tienes muy preocupado, mi vida. Soy médico y sé que cualquier cosa puede suceder. Ten calma que ya vamos a llegar — Me decía al mismo tiempo que me soltaba la mano y tomaba su móvil para marcar a la clínica.

Mientras hablaba con la enfermera de guardia, le decía que fueran preparando el laboratorio para que los resultados fueran de inmediato y al llegar, me sacaron dos muestras de sangre y en unos pocos minutos, los resultados estaban en manos de José Luis. Yo estaba sentada en su consultorio cuando él entro con el sobre en la mano y se secaba el sudor de su frente. Apenas se sentó y sacó el papel, gritó despavorido y yo imaginé que se trataba de algo muy grave.

—¿Pero qué es esto? — Se preguntó, al mismo tiempo que se colocaba las

manos sobre la cabeza.

Yo traté de levantarme, pero por el susto, caí nuevamente desmayada sobre la silla y cuando desperté, mis padres y la familia de José Luis estaban a mí alrededor dentro de una de las habitaciones de la clínica. Comencé a llorar porque al verme ahí, acostada frente a ellos, pensé que se trataba de algo muy malo y recordé a Enna. En ese momento, se acercó José Luis y me tomó de las manos.

—¿Cómo te sientes, preciosa? — Me preguntó al ver que estaba muy nerviosa.

—Nerviosa, mi vida ¿Dime, qué hago aquí? — Le pregunté muy asustada.

—Quiero que estés muy calmada por lo que te vamos a decir. Todos a la cuenta de tres: 1... 2... 3... — Les dijo José Luis a todos los presentes.

—¡Estamos embarazados! — Gritaron todos al unísono.

Yo, me senté en la cama y me quedé aun más confundida, pero después de unos segundos, comencé a reír y entendí que no era ninguna enfermedad, solo iba a ser madre y lo estábamos comenzando a disfrutar, sobre todo José Luis que no paraba de poner sus manos sobre mi vientre. Al día siguiente después de haber estado en la clínica bajo observación médica, apresuramos los planes para la boda y en menos tiempo del que habíamos planificado, todo estaba listo para el gran día.

La noche antes de la ceremonia, José Luis y yo nos fuimos a nuestro lugar secreto, el jardín de los tulipanes y decidimos, como un ritual de amor, unir nuestros cuerpos una vez más para recibir la bendición de la naturaleza antes de dar ese paso tan importante como el matrimonio. En la mañana, los dos nos separamos para ir a casa de nuestros padres y que fuera desde ahí de donde partiríamos hasta la iglesia.

En plena misa de boda, me quedé en shock cuando el cura preguntó si aceptaba a

José Luis como mi esposo ante los ojos de Dios, pero en ese instante, mi mente se quedó en blanco y fue realmente que el aroma de los tulipanes de nuestro lugar secreto llegó hasta mí y me hizo cerrar los ojos como para que supiéramos que la magia del jardín de los tulipanes estaba también presente. El cura volvió a preguntar un par de veces más y hasta que José Luis tocó mi mano, fue que pude abrir los ojos e inmediatamente reaccioné.

—¡Sí, acepto a José Luis como mi esposo, acepto! — Grité muy sonriente y unas lágrimas de felicidad salieron de mis ojos al mismo tiempo que se abrían los capullos de tulipanes que estaban decorando a la iglesia se abrieron, engalanando el lugar.

José Luis se me quedó mirando y los dos nos reímos y nos acercamos para darnos un beso y decírnos al oído:

—Es la magia de nuestro lugar secreto que se hace presente, mi vida — Me dijo.

—Sí, es la magia del jardín de tulipanes, que nos mantiene unidos.

Salimos de la iglesia, celebrando nuestra unión y después del festejo, José Luis y yo nos fuimos de luna de miel, pero antes, pasamos por nuestro lugar y al igual que en la iglesia, los tulipanes estaban enormes, hermosos y la brisa nos traía ese mismo aroma que sentí en la iglesia y era mágico. No podíamos dejar de ir a nuestro lugar secreto.